



EL PASADO AMENAZA

cliff bradley

EL PASADO AMENAZA

CLIFF BRADLEY

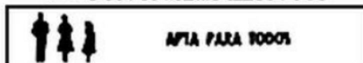
EL PASADO AMENAZA

1.ª EDICIÓN
FEBRERO - 1962



BARCELONA – BUENOS AIRES – BOGOTA
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



DEPÓSITO LEGAL B 18270-1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 6435/61

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
- 650 - Tierra de traición.
- 680 - Joe, el somnoliento.

En Colección BÚFALO:
- 212 - Caminos cruzados.
- 372 - Tres pillos del Oeste.

En Colección SERVICIO SECRETO:
- 336 - Pillos de siete suelas.
- 373 - La gente implacable.

En Colección PANTERA:
- 5 - Pecos. 39 - Sólo los bravos.

En Colección SALVAJE TEXAS:
- 288 - Tren nocturno a Glenn Fork.
- 294 - Forasteros en Coyote.

En Colección CALIFORNIA:
- 206 - El guerrillero.
- 229 - Orden de asesinato.

En Colección KANSAS:
- 120 - El pelirrojo.
- 122 - La dama de Kansas City.

En Colección ASES DEL OESTE:
- 80 - Frontera de Texas.
- 13 - Luna amarilla.

EL PASADO AMENAZA

POR

CLIFF BRADLEY



CAPÍTULO PRIMERO

Uno de los lugares donde puede aprenderse más acerca de la especie humana es detrás de una mesa de juego. Roy Douglas estaba plenamente convencido de ello.

En sus treinta y dos años de existencia había tenido amplias oportunidades para convencerse, aunque hasta los veinte fue nada más que un buen estudiante de Ciencias Económicas. Después, una mujer torció el curso normal de su hasta entonces tranquila existencia. Ejerció muchos oficios, pasó por muchas experiencias, a la sazón, era uno de los jefes de sala del «Seven Palms», en Las Vegas.

Decir Las Vegas es, como se sabe, decir juego y sus derivados en gran escala. Toda clase de derivados. Roy llevaba cinco años largos allí. Sabía, pues, mucho acerca de los seres humanos.

Tal vez por eso tenía fama de huraño entre sus conocidos. No diremos amigos, porque no los tenía; al menos, nadie podía estar razonablemente seguro de haber penetrado hasta su intimidad.

Físicamente era un hombre bien constituido, de mediana estatura, fuerte y ágil, que practicaba dos o tres deportes con asiduidad, aunque sin exhibirse. De pelo castaño, ojos oscuros, boca grande y cuadrado mentón, no se le podía llamar guapo, pero tampoco feo. La primera impresión que producía era de vulgaridad. Sólo la primera.

—Roy Douglas es de fuego helado —solían decir algunos que tenían motivos para conocerlo bien—. Un tipo con el que conviene estar a buenas.

Eso lo decían hombres que conocían a los hombres. Las mujeres decían muchas cosas de él, con notable variedad de opiniones. En una cosa solían coincidir:

—Es odioso…

Ya se sabe lo que suelen querer decir ellas con tal epíteto

aplicado a un hombre.

En su calidad de jefe de sala, Roy permanecía dentro del «Seven Palms», correctamente trajeado de oscuro y con corbata invariablemente de tonos rojos, durante una gran parte de la tarde y la noche, hasta la alta madrugada. Una vez terminada su tarea nocturna, salía, cogía su pequeño automóvil de fabricación europea y se marchaba. Tenía tres habitaciones alquiladas a un matrimonio de mediana edad, comerciantes en pequeña escala, sin hijos, en su casita de las afueras. Allí permanecía hasta mediodía, en que reanudaba su existencia digamos profesional. Nadie sabía nada de él en concreto, aparte una o dos personas que eran muy discretas. Me refiero a su pasado. Su presente era de cristal.

Yo era una de las personas que conocía ese pasado. También quien le proporcionó su empleo en «Seven Palms». Siempre he considerado a Roy Douglas como uno de los hombres más completos que he conocido en mi ya larga vida. Y he conocido a muchos hombres…

Aquella tarde vino a mi despacho. Entre paréntesis, soy el gerente del «Seven Palms» y uno de sus accionistas. De los más pequeños, claro. El negocio costó de instalar siete millones y tiene una nómina semanal de muchos miles.

—Hola, Roy —le dije—. Toma asiento. ¿Quieres un cigarro?

—Gracias.

Se sentó, pero no aceptó el cigarro. Sólo fuma tabaco negro, cigarrillos que lía él mismo con la habilidad de un vaquero. Tampoco bebe más de tres copas en un mismo día.

—Bien, tú dirás…

—Sadie Thornton está, en la ciudad.

Me le quedé mirando. Desde luego, sabía a quién se refería.

—¿Estás seguro?

—Acabo de verla jugarse el dinero en una de las tragaperras del vestíbulo.

Su acento era frío y seco, cortante. El normal. Sin embargo, yo sabía que no estaba normal. Cuando un hombre ve al cabo de los años a la mujer que destrozó sus ilusiones y su juventud, llevándolo a la cárcel, no puede quedarse tranquilo. Ni siquiera Roy.

—Bien, muchacho —dijo—. ¿Qué propones? ¿Quieres unas vacaciones?

—Sí.
—Muy bien. Tómatelas.
—No voy a salir de la ciudad. Sólo quiero evitar que ella descubra dónde trabajo.
—Si te quedas lo sabrá. Hay muchísima gente que te conoce y se lo dirá, de preguntar.
—Ya veremos.
Yo le conocía. Me abstuve de más consejos, salvo uno.
—No te dejes llevar por la pasión, Roy. Ella no merece la pena.
Me miró fijo.
—Es algo que descubrí hace mucho tiempo —dijo. Y aquél era un completo epitafio, en sus labios. Me tranquilicé.
Le vi salir de mi despacho con preocupación. Conozco a Roy desde que era niño. Yo debí ser su padre, es la verdad. Pero su madre tenía ideas muy firmes acerca de la clase de hombre que deseaba por marido. Y aunque sé que le gusté mucho, nunca se habría casado con un bala perdida, amigo del juego y de las chicas guapas. Hay que ver lo que cambian las personas, algunas al menos. Del juego vivo y hace muchos años que sé a qué atenerme sobre las chicas alegres. Mis dos hijos y mi mujer me consideran un hombre duro, de rígidos principios morales, un hombre de negocios con una conducta personal intachable. En cuanto a Maggie, la madre de Roy, ya murió. Se casó con un honrado comerciante que luego se metió en el contrabando de alcohol, falleciendo en un accidente poco claro. Para entonces ya estaban divorciados, luego de varios años de coyunda que fueron un calvario para ella.
En fin, las cosas suceden siempre como está decidido de antemano. Eso lo sabemos todos los jugadores con alguna experiencia. Y ahora, Roy tenía que enfrentarse con aquella indeseable de Sadie Thornton…
Cuando llegué a casa aquella noche, me sentía de bastante mal humor. Mi mujer lo notó, pero sabe que en tales circunstancias lo mejor es no hacerme preguntas.
Mi hijo se halla estudiando en la Universidad del Estado. En cuanto a Vicky, mi hija, la teníamos en casa con motivo de una leve enfermedad respiratoria que le había valido una semana de vacaciones.
Vicky me preocupa. No es normal que una muchacha de veinte

años sea como ella. Al menos en nuestro país. Demasiado sería, reconcentrada y estudiosa. Me gustaría que saliera más a menudo, que tuviera más amigos y asistiera a bailes y fiestas. No soy partidario de esa absurda educación que deja a los hijos una absoluta libertad, porque en Nevada puede verse muy bien el resultado de tal «educación». Sin embargo, me parece que Vicky se excede…

La encontré sentada en el «*living*» con un libro en las manos. Había puesto un disco de música suave, creo que clásica, dejando bajo el tono del altavoz. Estaba vestida con unos pantalones azules y un jersey blanco, de cuello alto, de punto. Su cobriza cabellera reflejaba la luz de la lámpara. Al oírme entrar se volvió y me sonrió.

—Hola, papá.

Tal vez sea ridículo orgullo de padre, pero no me importa declarar que me siento orgulloso de Vicky. No es ninguna belleza detonante, pero sí bonita. Y el deporte, la comida sana y la vida serena le han dado un cuerpo que para sí quisieran muchas «estrellas» de Hollywood. Tiene los ojos azules más claros del mundo, y a la vez los de mirada más penetrante, una agradable voz y los modales de una joven de la mejor sociedad. Ha salido en eso a la familia de su madre. De mí ha sacado el carácter. La inteligencia y la serenidad le pertenecen en exclusiva.

Me acerqué a ella y la besé.

—Hola, Vicky. ¿Qué lees?

—Rabrindanath Tagore.

—¿Y qué es eso?

—Un famoso poeta hindú, Premio Nobel.

—¡Oh…! —Siempre me apabulla con su sabiduría—. ¿Interesante?

—Mucho. ¿Por qué no te sientas? Vienes preocupado.

Es como su madre, me lo descubre al instante. Pero ella no se calla. Y con ella me gusta explayarme.

—Sí, tienes razón —dije, sentándome y sacando un cigarro—. Lo estoy.

—¿Algo del negocio anda mal?

—No. Eso siempre va bien, ya lo sabes. Se trata da Roy Douglas. Parece ser que su exmujer ha venido a Las Vegas. La ha visto.

Vicky cerró el libro y se inclinó un poco hacía dejante. Vi cómo

se le ensombrecían las pupilas. Quiere mucho a Roy, aunque maldito si sé la exacta naturaleza de su sentimiento.

—¿Qué se propone hacer?

—Me pidió un permiso. Pero no piensa salir de la ciudad. Me preocupa lo que haga ese chico, Vicky. Tú sabes que le aprecio como a un hijo. Hace diez años que no ha visto a esa individua, pero nunca se sabe cómo reaccionará Roy.

—¿Quieres que le hable yo?

Era una idea. Me consta que Vicky tiene una gran influencia sobre Roy, aunque también maldito si sé hasta qué extremo llega. La verdad es que ellos dos resultan para mí un enigma completo. Muchas veces he pensado que harían la pareja perfecta, pero… en ese aspecto no hay nada a hacer. Son dos electricidades positivas.

—¿Crees que lograrías algo, Vicky?

—Lo puedo intentar. Roy no debe cometer un error ahora. No por causa de esa mujer.

—No creo que lo cometa. De todos modos, estoy intranquilo. Y, bueno; si te parece que puedes hacer algo para evitarlo, adelante, tienes carta blanca.

Se levantó, dejó el libro sobre la mesa y se inclinó a besarme en la mejilla. Adoro su perfume a violetas.

—Gracias, papá —dijo. Y luego salió del «*living*».

Mi mujer entró al poco, acercándoseme.

—¿Qué es lo que sucede? Vicky se está cambiando de ropa y me ha dicho que no va a cenar en casa.

—No sucede nada —le respondí. Sé lo que opina de Roy Douglas y cuáles son sus aspiraciones para Vicky.

—Tu hija tiene ganas de dar un paseo y cenar fuera de casa, eso es todo. Me parece que va a salir con Roy.

—¡Ah…! —dijo. Y se me quedó mirando en silencio. También ella sabe lo que yo opino acerca de los dos muchachos.

Y así fue cómo comenzó, aquella hermosa y clara tarde abrileña, la historia que ahora va a seguir.

CAPÍTULO II

Roy Douglas abandonó el «Seven Palms» después de haber conseguido el permiso que deseaba y se trasladó a su domicilio, procediendo a cambiarse de ropas. Sus huéspedes estaban atareados en la tienda y la asistenta negra ya se había marchado.

Mientras se vestía un traje gris y una corbata azul, por su cerebro fueron pasando una vez más los acontecimientos de muchos años antes, como una vieja película nunca olvidada.

Le había costado reconocer en la mujer repintada, chillona y casi vieja a la hermosa aventurera que le sorbió el seso y destrozó su vida, convirtiéndole en un muñeco sin voluntad propia primero y, luego en un presidiario. La mujer a quien estuvo a punto de matar y que había sido su esposa durante dos años que pesaban sobre su conciencia como plomo… Hace diez años que la vio por última vez. Con toda nitidez recordaba su cara blanca y convulsa a través del humo de la pistola, su mueca de horror al caer…

No la había matado. Ni tampoco a su amigo y cómplice, aquel sucio granuja de Fenton. Ahora se alegraba. Le hubiera costado veinte años de cárcel lo que así liquidó con sólo dos. Pero volver a verla al cabo del tiempo, era como sentirse arrojado de golpe a un pozo nauseabundo.

Tenía que impedir a toda costa que ella lo supiese radicado en la ciudad y con un buen remunerado empleo en uno de los más importantes casinos. Era muy capaz de intentar el chantaje, por sí o por medio de terceros. La dirección de los grandes casinos, ponía sumo cuidado en la admisión de sus empleados, rechazando a cuantos no ofrecieran el máximo de garantías. Él había ido a la cárcel por homicidio frustrado, por un asunto pasional; pero bastaba para incapacitarlo como empleado del «Seven Palms» si la cosa se hacía pública. Harry Demmert el antiguo novio de su madre, lo había empleado interponiendo su influencia personal. No debía

correr riesgos por su causa…

Salir de Las Vegas era una solución lógica, en principio. Pero nada resolvería caso de que Sadie hubiera venido para quedarse. Y era lo que necesitaba saber. Lo que iba a averiguar inmediatamente.

Contra lo que pudiera suponerse, el porcentaje de delincuentes en Las Vegas era muy inferior al de la mayoría de las ciudades. Sus casi cuarenta mil habitantes vivían única y exclusivamente, podía decirse, de las gentes que llegaban de todas partes para pasar unas vacaciones y jugarse el dinero en los casinos. De ahí que todo el mundo, incluyendo a la policía, tuviera sumo interés en mantener a la ciudad limpia de «gangsters» y otra morralla. Por otra parte, el hecho de encontrarse la ciudad rodeada por el árido desierto contribuía a dificultar los movimientos de la gentuza. Quienes llegaban a Las Vegas eran «limpiados» legalmente y por su voluntad, no de otra forma.

Eso limitaba el peligro. De otro lado, no había límite para la cantidad de mujeres fáciles que quisieran probar suerte en Las Vegas. Sadie podía haber venido a probar la suya sólo durante un día… o a quedarse. En todo caso, resultaba una ingrata broma del Destino, porque ella nunca salió de la costa Este en sus andanzas.

Durante los últimos años nadie había reconocido a Roy en Las Vegas. Sus compañeros de prisión allá en Maryland no tenían entrada fácil aquí. Otras personas, incluyendo a sus compañeros de estudios, no era demasiado fácil que le recordaran; y la mayoría ignoraban su historial luego que dejó la Universidad. Había vivido tranquilo, pues. Y ahora…

Terminó de vestirse y abrió uno de los cajones de su mesa de trabajo, sacando una pistola que cargó. Tenía licencia en su calidad de jefe de sala de un casino. Podía ir perfectamente armado por la calle. El jefe de policía y casi todos sus subordinados le conocían. El primero era de los pocos sabedores de su pasado, un amigo de Demmert y suyo. Claro que también podía recurrir a él, en caso extremo. Sólo en caso extremo…

Se abrochó la chaqueta y se miró al espejo antes de marchar. El espejo le devolvió una figura no demasiado parecida a la que debía conservar Sadie en la memoria. Se peinaba de otra forma y el poblado bigote cortado contribuía a cambiarle la cara. Pero no era suficiente.

Se encaminó sin prisas al centro. Tenía tiempo. Si Sadie sólo estaba de paso tal vez se marchase mientras. Si no, la localizaría pronto, en cualquiera de los casinos. A ella le gustaría mucho jugar, sobre todo con el dinero ajeno.

Entró en el «Cocoanut» y en el «Flamingo», sin hallar rastro de ella. Cambió saludos con algunos empleados y jugadores habituales. Dos o tres mujeres le sonrieron…

En la esquina de la calle Quinta y la avenida Premont la vio venir, de pronto, hacia él.

No iba sola. Acompañábala un hombre de unos cuarenta años, largo, de rostro caballuno. Iban hablando animadamente y al parecer en discusión.

Roy sintió de nuevo aquel vacío en la boca del estómago que horas antes le produjo el descubrirla casualmente delante de una máquina tragaperras. Pero al instante se quedó tranquilo. Y siguió su camino.

Ella lo descubrió de repente, cuando estaban a dos metros de distancia.

Su reacción fue instantánea y concreta. Se paró en seco, abrió los ojos y la boca como si le faltara aire, apoyándose al mismo tiempo en el brazo de su acompañante. Luego, con gran rapidez, adoptó aquella expresión recelosa y en guardia que Roy muy bien recordaba. En cuanto al larguirucho, lo examinó con súbito recelo e hizo una pregunta que Sadie no contestó.

Roy se detuvo. Estaba viéndola cara a cara, a la luz del día. ¿Cuántos años tenía? ¿Tenía treinta y seis, treinta y siete? Treinta y seis… Aparentaba más de los cuarenta y apenas si quedaban restos de su antigua provocativa belleza. El vestido no era ninguna gran cosa. El peinado no la favorecía lo más mínimo.

Ella estaba aún recuperándose de la impresión cuando pasó por su lado clavándole la mirada. La vio tragar saliva y mojarse los labios.

Siguió adelante, sin volver la cabeza. Ahora ella tendría que dar explicaciones a su acompañante. Y mucho había cambiado si no trataba de localizarlo enseguida, para saber lo que hacía en Las Vegas. Bien, le iba a ahorrar tarea.

Se metió en un bar que le cogía a mano. Por el rabillo del ojo la vio hablar con el larguirucho, en el sitio donde se detuvieron.

Se sentó al fondo del mostrador y pidió una cerveza. Sentía calor, pero no por el natural que hacía fuera. Apuró de un trago el vaso y se puso a liar un cigarrillo con parsimonia, sin quitar ojo de la puerta.

Sadie tardó casi quince minutos. La vio pararse en la entrada y luego buscarlo con la vista. Al descubrirlo, avanzó a su encuentro. Conservaba sus andares felinos, pero había ensanchado de pecho y caderas. Ahora podía verla en toda su vulgaridad. Una cualquiera, escoria…

Ella no parecía tranquila. Se detuvo a un paso y sus miradas chocaron. Aquellos ojos que un día le parecieron a Roy hermosísimos estaban ya rodeados por arrugas con bolsas debajo, pintados con exceso, sin brillo, aunque mantenía la expresión calculadora, desconfiada y dura.

—¡Qué sorpresa…!

También la voz le había cambiado, enronqueciendo. Alcohol y vicio… Roy respiró hondo, antes de contestar:

Su monosílabo pareció golpearle en la cara. Habló de nuevo:

—Has cambiado mucho…

—Tú más. Pero supongo que conservas las cicatrices.

La vio apretar la boca. No pensaba concederle en modo alguno la iniciativa de la situación.

—Te has vuelto duro, ¿eh?

Volvía a silbarle la voz como entonces, cuando se enfurecía por sus resistencias a seguir el vergonzoso camino al que lo había arrastrado. Dio una chupada al cigarrillo y le echó el humo a la cara.

—¿Tú qué crees?

Hubo un nuevo silencio. Sin duda, ella no había esperado que la cosa fuera fácil. Y estaba acostumbrada a tratar con gentuza. Bien, le daría una convincente exhibición.

—Ya lo veo… Sí, las conservo. Y me he acordado muchas veces de ti. Me preguntaba qué habrías hecho al salir de la cárcel, si habrías vuelto a estudiar y con tu madre…

—Vuelve a mentarla y te quedas sin dientes.

—¡Oye, tú!

—Oye, tú. No te he llamado, nuestra cuenta se saldó hace mucho tiempo. Lárgate y regresa con este que te acompaña. No

pierdas el negocio por mí.

Sadie se había contenido aprisa. Los ojos le brillaban malévolos.

—Ya… De modo que resides aquí, ¿eh?

—No te equivoques. Estoy de paso. Y no me preguntes dónde vivo, porque no te lo voy a decir.

—¿Recuerdas que el juez te condenó a veinticinco mil dólares de indemnización?

—Perfectamente. Y que me declaró insolvente.

—Pero ahora no pareces estarlo. Tienes buen aspecto, incluso has engordado. Se ve que te das buena vida. Supongo que te habrás vuelto a casar con alguna buena muchacha a la que no contaste tus hazañas. Tal vez tengas hijos, ¿eh? Y una buena posición…

Roy la escuchaba fumando despacio, el rostro impasible. Estaban lo bastante separados de los demás para que nadie oyera su conversación, llevada en tono bajo. Un camarero los examinaba con cierto interés y nada más. No era hora de mucha tarea.

Sadie siguió, en el mismo tono malignamente insinuante:

—¿No contestas? Bueno, es igual. No esperarás que vaya a dejarte marchar tranquilamente. Tendrás que pagarme esa deuda, Roy. Un dólar sobre otro. Casi me mataste, arruinaste mi salud. Y eso me lo vas a pagar…

—Esta vez, Sadie, tendré el pulso más firme, ¿comprendes?

Ella echó atrás la cara, inspirando fuerte. Pero en el acto denegó, venenosa:

—No, no lo harás. Has estado en presidio, estás fichado, sabes lo que te costaría. La cámara de gas… ¿No es lo que usan en este Estado?

—No lo sé. No resido aquí.

—¡Hum! Puede. Diez años sin vernos… Sí, has cambiado mucho. Eras un chiquillo guapo, testarudo y estúpido, muy fácil de llevar con un poco de mano izquierda. ¿Te acuerdas? —Dio en tono bajo —. Claro que te acuerdas. Estabas muy enamorado de mí. Pero eras honrado, no te gustaba desplumar a otros incautos. Había que convencerte con caricias, hacerte beber… Roy Brackett Douglas, estudiante de Ciencias Económicas… —Volvió a su risa baja, desagradable—. Tuve un guapo marido. Y casi me mataste a tiros — añadió en súbito cambio de tono—. Es algo que tampoco olvidé. Algo por lo que pagarás, Roy. Te engañas creyendo que están

liquidadas nuestras cuentas.

Despacio, él sacó unos billetes y tiró uno sobre el mostrador, hablando al camarero.

—Cóbrese.

Recibió la vuelta, se la guardó y se encaminó a la salida. Sadie se le puso al lado, sin que él la mirase.

—¿Dónde te alojas? No trates de engañarme. Tengo amigos y lo descubriré enseguida.

La miró de reojo.

—Averígualo. Pero no vuelvas a acercarte a mí o te pesará.

Por toda respuesta, Sadie rió de modo amenazante.

—¿De veras crees que te tengo miedo? No, hijo, tú no harás nada… salvo pagar.

Ya estaban en la calle. Sin contestarle, Roy se acercó al bordillo, llamó a un taxi y abrió, ordenando al taxista:

—Al «Caravane».

Luego entró y cerró la portezuela en las narices de la mujer. Cuando se alejaba, vio cómo ella se reunía con su acompañante.

El «Caravane» era uno de los hoteles de Las Vegas especializado en una clientela de clase media. Roy se encaminó directamente al receptorio, cuyo empleado le acogió cordialmente:

—Hola, Douglas. ¿Qué le trae por aquí a estas horas?

—Hola, Cowan. Necesito una habitación individual.

—¿Para usted?

—Sí. Y también que aparezca la inscripción con fecha de ayer.

El otro se le quedó mirando.

—¿Algún apuro?

—Sí.

—Comprendido. Bueno. Vaya poniendo aquí lo que le parezca. Tome, la doscientos tres. Tiene ventana al exterior sobre la calle Cuarta.

—Gracias. Si alguien pregunta por mí, infórmele. Soy un cliente bastante asiduo, procedo de Los Ángeles, y, al parecer, vengo a dejarme en Las Vegas mis beneficios del año. No sabe más de mí.

—Ajá. Pierda cuidado.

Roy subió a la habitación y pasó más de una hora fumando. Al cabo de la misma sonó el teléfono.

Era su exmujer.

—Supongo que habrás estado reflexionando. Vale más que no trates de escaparte, porque no lo has de conseguir. Te espero esta noche a las diez para llegar a un acuerdo razonable. Y no estaré sola ni confiada.

—¿Dónde?

—En el hotel «Dixie». Habitación cuatrocientos catorce. Señora Billiken. Procura no faltar, si no quieres verte en apuros. Ya me conoces.

—Descuida. Iré.

Colgó y encendió un nuevo cigarrillo, poniéndose a fumar despacio, con gesto concentrado.

CAPÍTULO III

Virginia Demmert conocía en Las Vegas a todo el mundo. Podía, pues, caminar por la ciudad tranquilamente a cualquier hora. Ahora se encaminó al centro y fue directamente al sitio donde sospechaba que podría encontrar a Roy Douglas.

Entrando en el local, un amplio y bien decorado bar con mucha clientela, interpeló a uno de los camareros:

—Tommy, ¿has visto a Roy Douglas por aquí?

El hombre, asintió, sonriéndole.

—Hola, señorita Demmert. Ahí dentro lo tiene.

Ella y Roy habían venido con frecuencia a este bar, favorito del «croupier» a causa de la relativa calma que se lograba en su comedor, sito a la parte interior y separada de la otra por una pared. Además, porque se comía bien a precios razonables.

Ella y Roy Douglas eran los mejores amigos del mundo, con una amistad incomprensible para muchos. Ahora, Roy estaba en una grave dificultad. Y ella haría lo que fuera para ayudarle e impedirle cometer acciones poco meditadas.

No con otro propósito había venido. Nadie, ni siquiera sus padres, conocían su firme y callado amor hacia el frío, hermético hombre que tenía un amargo pasado y ningún deseo de enamorarse otra vez. Ella podía comprenderlo, adivinar sus sentimientos. Podía, también callar y esperar, manteniéndose en un plano amistoso, casi fraternal hasta el día en que tiempo y convivencia unidos deshicieron el muro llevando a Roy la convicción de que la vida aún podía depararle mucha felicidad junto a otra mujer, la muchacha a quien trataba como a una hermana.

Ella conocía perfectamente, en sus líneas generales, aquel pasado del hombre a quien amaba. Ya sabía cuánto estaba sufriendo por haber sido lo que fue. No deseaba otra tarea, no la concebía mejor que la de aliviarlo poco a poco de remordimientos,

abriéndole los ojos a una nueva alegría…

Pero ahora se había presentado el peligro, el mal, personificado por la mala mujer que muchos años antes le causara a Roy tanto daño, llevándolo hasta el mismo borde del homicidio y a la cárcel. Tenía que evitar, como fuera, la repetición de aquello.

Avanzó por el interior del local sin hacer caso a las miradas de los hombres y penetró en el comedor propiamente dicho. Se trataba de una sala rectangular decorada de modo ultramoderno, pero con buen gusto en la que había dos docenas de mesas. La mitad de ellas se encontraban ya ocupadas. En una del fondo se hallaba Roy.

Estaba dándole la espalda y fumando, abstraído, sin tocar la comida. Le vio llevarse a la boca una copa de vino. Avanzó hasta la mesa y le habló en tono bajo:

—Hola, Roy.

Él se volvió a mirarla. Tenía el ceño fruncido, pero su respuesta fue cordial:

—Hola, Vicky. Siéntate.

En silencio, la muchacha lo hizo frente a él. La luz de la pequeña y artística lámpara colocada sobre la mesa dejaba en penumbra la parte alta de sus rostros, a causa de la pantalla.

—Te lo ha dicho tu padre, ¿verdad?

—Sí. ¿La has vuelto a ver?

—Ajá. Y he hablado con ella.

—¿Qué pasó?

—Lo que imaginaba. Trata de sacarme dinero.

—¡Oh…!

Quedaron en silencio, mirándose. Roy dio una chupada a su cigarrillo y expelió el humo con fuerza.

—Hay ocasiones en que un hombre necesita de toda su fuerza de voluntad para no gritar —dijo—. Esta tarde me he visto en una de ellas. Cuando se me plantó delante…

—¿Dónde fue?

—En el bar de Robinson. Poco antes me la había tropezado en plena calle. La acompañaba un tipo larguirucho con cara de granuja. Entré en el bar seguro de que vendría a buscarme. Se había llevado una fuerte impresión.

—¿No hubiera sido mejor mantenerte oculto?

—No. Ha venido a quedarse. Está en el «Dixie», como señora

Billiken, de Chicago. Con ella hay también un señor Billiken. Supongo que el tipo que la acompañaba. Llegaron ayer. Si no hoy, mañana, pasado a lo sumo, me habría encontrado.

—Te hubieras ido fuera de la ciudad por unos días…

—Ya te he dicho que ha venido a quedarse. Han estado en casa de Gibbs interesándose en adquirir una casa no muy cara. Ignoro lo que traerán entre manos. Billiken se presenta como agente de seguros.

—¿Qué piensas hacer?

—Aún no lo sé. Pagar no, desde luego. Ni un miserable dólar. Dios mío, Vicky, no creí verme nunca tragando veneno del modo como lo he hecho esta tarde. Tenías que haberla visto. Está muy vieja, destruida, asqueante. Yo la conservaba en el recuerdo con toda su diabólica belleza y eso me daba una sombra de consuelo, al decirme que una mujer como ella bien pudo enloquecer a un chiquillo inexperto… Pero lo que he visto esta tarde es la ruina de una mujer, una máscara abyecta que revolvía el estómago.

Tomó la copa y apuró su contenido de un trago. Fue a llenarla de nuevo, pero Virginia se lo impidió, sujetándole la mano.

—No, Roy. Nada vas a conseguir bebiendo, lo sabes.

Él tenía los ojos veteados de sangre, más no por la bebida.

—Estoy como loco, Vicky. Repleto de amargura, de asco y de odio. Pero no sólo contra ella, sino contra el maldito asno idiota que fui. ¡Pensar que por esa mujer me encanallé y fui a presidio…!

Se llevó el cigarro a la boca, desviando la mirada. La mano que sujetaba Virginia estaba crispada sobre el mantel. Y ella notaba su tensión.

Le habló dulcemente, pero severa al mismo tiempo.

—No hagas eso, Roy. No es bueno, no puede conducir a nada bueno.

Él la miró de una manera torva.

—Tú estás demasiado lejos de mi infierno, Vicky.

—No es verdad. Soy tu amiga, te conozco y comprendo. Sé que no tuviste la mayor culpa de lo de entonces, que eras demasiado joven e inocente. Sé que has sufrido y sigues sufriendo por aquello. Y también que esa mujer no merece tu reacción de ahora.

Roy suspiró. Y esbozó una sombra de sonrisa. Tomó y acarició la mano femenina.

—Gracias, Vicky. Has hecho bien en venir.

Virginia ocultó el calor que le producía su afirmación, manteniéndose serena en apariencia.

—Sospeché que podría ayudarte un poco —dijo con naturalidad —. Papá me contagió su preocupación.

—Sí, claro…

—¿Cuánto dinero te ha pedido?

—Veinticinco mil dólares, la indemnización que marcó el juez. Cree que estoy casado de nuevo y con hijos, que tengo una próspera situación. Son deducciones suyas que yo traté de deshacer. Creo haberla convencido de que estoy de paso en Las Vegas.

—¿Qué te propones hacer?

—No tengo idea. Todas las soluciones que se me presentan son parecidas. Estrangularla… o pegarle otros dos tiros con mejor puntería que entonces.

—No digas eso. Ni lo pienses. Hemos de encontrar una aceptable solución.

Roy la miró fijo.

—Tú no entras en esto, Vicky. De ninguna manera. Es asunto mío y sólo lo resolveré.

Virginia denegó con firmeza.

—Sólo conseguirás enfebrecerte más y más si te quedas abandonado a tu albedrío. Ya ves, estabas bebiendo y rumiando malos pensamientos. Apuesto a que llevas la pistola.

—Sí.

—Lo imaginaba. No pienso dejarte solo, Roy. No quiero que cometas algo irreparable.

—Y yo no quiero mezclarte en ese sucio negocio.

—Dime cómo lo puedes impedir.

Roy se la quedó mirando fijo. La vio bonita, fina, sería, llena de personalidad, encanto y firmeza. La Virginia Demmert que había aprendido a conocer durante años, desde que ella era sólo poco más que una niña. La muchacha de quien estaba profunda, amargamente enamorado y que nunca sabría sus sentimientos porque no tenía derecho a hablarle de amor como hombre a mujer.

Sí, la conocía muy bien. Era como las cumbres montosas, como el acero, como la brisa, como el mar. Profunda, hermosa, clara y firme. Lejana, serena, reconfortante y pura. No doblegaría su

decisión con ruegos ni con amenazas. Ella lo estimaba como a un buen amigo, casi como a un hermano. Y era de las mujeres que, lo dan todo, lo arriesgan todo sin alharacas ni dobles intenciones por aquéllos a quienes concedieron su fe. La conocía bien… ¿Acaso no la adoraba en silencio? ¿No la había visto crecer y convertirse en mujer? ¿No era su confidente y amigo?

Suspiró.

—Tienes razón, no lo puedo impedir de ningún modo. Pero no harás sino complicar las cosas, créeme.

—O ayudarte a resolver tu problema. Piensa que mantengo la cabeza despejada mientras que tú no puedes conseguirlo.

Como siempre, daba en el clavo. Y siguió hablándole con su voz cálida, persuasiva, sin desviar la mirada, sin separar su mano.

—Hazme caso, Roy. Esa mujer es mala, tiene que tener muchos motivos para temer a la justicia. Y tú tienes amigos aquí. El propio jefe de policía…

Consiguió convencerlo a medias. Roy no bahía logrado en toda la tarde hallar una solución aceptable al problema que se le había súbitamente presentado. Sentíase como atrapado en una red viscosa y los recuerdos del pasado lo acosaban con fuerza, desatando sus más violentas emociones. Comprendía los riesgos de actuar solo, temía enredar a Vicky y a su padre en el feo asunto, no veía cómo impedirlo y apreciaba en lo que valía el consejo sereno y sincero de la joven del mismo modo que sentíase reconfortado por su rápida ayuda.

—Está bien, Vicky. Sea como tú dices. Aunque no lo considero solución.

—Puede serla. El *sheriff* Clay conoce tu historia y es tu amigo. Tiene autoridad para detener y acusar a esa mujer, o para expulsarla. Estoy segura de que ella ha de haber hecho muchas más cosas malas de las que tú conoces, cosas que la habrán llevado otras veces a los tribunales e incluso puede que a la cárcel. Saben cómo tratamos en Las Vegas a los delincuentes profesionales…

Sí, ella tenía razón. Era una salida, al menos momentánea. Luego…

Abandonaron el local y se encaminaron en el coche de él a la Jefatura de Policía de la ciudad. Iban silenciosos, sumidos en sus pensamientos.

Entraron juntos. Un sargento les saludó, cordial:

—Buenas noches, señorita Demmert. Hola, Douglas. ¿Qué les trae?

—Quiero ver al *sheriff*, sargento. Supongo que estará en su despacho.

—Pues no. No hace ni diez minutos que ha salido a realizar un servicio. Si es algo que le corra prisa lo encontrarán en el hotel «Dixie». Pero vale más que esperen, porque tiene entre manos un asesinato.

Vicky y Roy cambiaron una mirada. Él inquirió, con una nota tensa en la voz:

—¿Asesinato?

—Ajá. Por las trazas. Una mujer estrangulada. Una tal señora Billiken, de Chicago…

CAPÍTULO IV

Ninguno de los dos habló hasta que estuvieron metidos en el coche. Entonces, Roy la miró con el gesto apretado.

—Yo no he sido, Vicky. ¡Maldita sea, tienes que creerme! Tenía que ir a verla a las diez a su cuarto, para conocer sus condiciones. No iba a estar sola, seguro que la acompañaría su marido…

Virginia estaba ligeramente pálida, pero no parecía haber perdido la calma.

—Domina tus nervios, por favor. Yo sé que no la has matado. Lo que importa ahora es conocer lo sucedido.

Su firme tono hizo respirar hondo a Roy. Cuando habló de nuevo, su voz, aunque ronca, era ya segura, normal.

—Gracias, Vicky. Creo que ha sido una gran suerte que vinieras a buscarme.

Ella se mantuvo sería.

—Sí, lo ha sido. Tenemos que ir enseguida al «Dixie».

Roy se la quedó mirando.

—¿Ir? ¿Tú y yo?

—¿Prefieres ir tú solo? Escucha, Roy. El *sheriff* y sus ayudantes lo estarán removiendo todo ahora. Descubrirán el nombre de ella, sus antecedentes, a no tardar mucho. Entonces sabrán que es tu exmujer, a quien estuviste a punto de matar hace años. Descubrirán que hoy no fuiste al trabajo, que has alquilado una habitación en el «Caravane» sin razón lógica, que estuviste hablando con ella en lo de Robinson. Ya sabes cómo actúa la policía. Tal y como aparece el asunto, todo te va a señalar como sospechoso ideal.

—Lo sé. Maldita sea, estoy cazado como una rata, Vicky. Y no la he matado, aunque no por falta de ganas. He de zafarme de esto. No sé cómo, pero lo lograré. Voy a ponerme a buscar al asesino de Sadie ahora mismo…

—Espera. Vas a hacer otra cosa antes.

—¿Qué cosa?

—Hablar con el *sheriff*. Contarle lo que te ha ocurrido con tu exmujer.

—¿Estás loca? Es lo mismo que echarme la soga al cuello. Ya conoces a Clay. Me escuchará, meneará la cabeza y me dirá que lo siente, pero que tiene que meterme en la cárcel mientras se averigua bien lo sucedido. Soy el sospechoso perfecto, no poseo ninguna coartada convincente y sí tenía motivos sobrados para matar a Sadie. Es lo que pensarán la policía y todo el mundo.

—Todo el mundo te conoce en Las Vegas, Roy. No podrás dar un paso sin que alguien te vea y pueda decírselo a la policía.

Él movió con desaliento la cabeza.

—Tienes razón… ¡Pero tengo que luchar, descubrir al asesino!

Virginia le miró con fijeza.

—¿Tienes confianza en mí, Roy? ¿En mi discernimiento?

—Claro que sí. Más que en el mío propio.

—Entonces, vámonos.

—¿A dónde?

—Ahora lo verás. Pon el coche en marcha.

Roy obedeció, pensando que, en las presentes circunstancias, nada de lo que hiciera podía empeorar su situación. Nadie creería en su inocencia. Se habían enredado las cosas de tal modo que todo lo señalaba como asesino de su exmujer. Ya era un gran alivio que Vicky no lo considerase culpable…

Ella iba callada y pensativa. Pero le indicó que doblara una esquina y luego otra. Finalmente, se detuvieron delante de una casa a su indicación.

Roy sabía quién estaba viviendo allí. Se quedó mirando a la muchacha.

—¿Qué te propones, Vicky? Es una locura…

—Cualquier cosa que hagamos esta noche es una locura, desde el punto de vista de la sensatez. Pero es necesario ganar tiempo. Y así lo ganaremos. Nadie vendrá a buscarte aquí. Vamos.

Él vaciló un instante. Luego suspiró y salió del automóvil, mientras Vicky lo hacía por el otro lado.

—Hola, papá —saludó Virginia.

—Hola, Vicky. Hola, Roy. Pasad.

Cerró la puerta tras ellos.

—Tu madre está en la cocina. ¿Ya habéis cenado?

—Han hallado muerta a la exmujer de Roy, papá. Estrangulada, al parecer.

El hombre canoso respiró hondo y cambió de expresión, fijándola en Roy. Éste habló, ronco y rápido.

—No he sido yo. Pero todo va a ponerse contra mí.

—Le he traído para ocultarlo en casa, papá. Necesitamos tiempo.

—¡Hum…! Sí, claro… ¡De modo que asesinada…! Un mal asunto.

—Es mejor que me marche enseguida, señor Demmert. No quiero causarles ningún problema.

—Cállate. ¿Dónde te propones esconderlo, Vicky?

—En mi habitación.

—¡Oh…! Súbelo antes de que tu madre descubra su llegada.

—No puedo consentirlo. De ninguna manera…

—Ven.

—Ve con ella, Roy. Hablaremos más tarde.

Virginia le tomó la mano y tiró de él hacia la escalera. Tras leve vacilación, Roy la siguió.

Pero una vez arriba la detuvo.

—No puedes hacer eso, Vicky. No puedo consentirlo.

Ella lo miró fijamente.

—Escucha, Roy. Necesitas toda la ayuda que puedas encontrar. Y el último sitio donde vendrán a buscarte es aquí.

—Pero tu habitación… Es demasiado…

—Es el sitio más adecuado. Mamá no sospechará que estás allí, siempre que no te pongas a hacer ruidos.

Le condujo a la puerta de su alcoba y abrió, entrando y dando la luz.

Él nunca había estado en aquella habitación. La examinó lentamente mientras un calor le llenaba las venas.

Era amplia y cuidada, muy femenina en todos los detalles. La alcoba de una muchacha como Virginia Demmert tenía que reflejar, por fuerza, el carácter de su dueña. Incluso podía advertir el perfume de violetas que le era característico.

Virginia le estaba contemplando por el rabillo del ojo. Para una muchacha enamorada, llevar a su alcoba de soltera al hombre amado reviste siempre una gran trascendencia espiritual. Para ella,

en aquel caso, mucho más. Su alcoba debía ser, por una noche al menos, sagrado refugio para el hombre en peligro…

—Hay libros y revistas ahí —le indicó—. Ponte cómodo y domina los nervios. Papá y yo trataremos de averiguar lo más posible mientras.

Roy la cogió fuerte por los brazos. No pareció advertir que se ponía un tanto rígida.

—Odio verte mezclada en esto, Vicky. Es demasiado sórdido para ti, no tengo derecho…

Ella esbozó una sería sonrisa.

—No digas tonterías, Roy. Quédate quieto y déjanos actuar a nosotros.

Soltándola, él suspiró.

—Bien…

Luego que ella hubo cerrado la puerta, se movió despacio, examinando todo.

Todo era pulcro, de buen gusto. Ni una prenda echada con negligencia, ni una cosa fuera de su sitio. El tocador tenía, entre los frascos de perfume y los objetos de belleza, tres fotografías. Una, la del centro, representaba a los señores Demmert. Otra, al hermano de la joven.

La tercera era suya.

Roy se la quedó mirando mientras le invadía las venas súbito, calor. Aquella fotografía se la hizo él tres años atrás. Le había dado a Virginia una copia pequeña para llevar en el bolso, a su petición, dedicándosela. Ella tenía diecisiete años…

Lo que tenía delante era una ampliación. Y la significación de aquel detalle habría resultado clara hasta para el más lerdo.

La muchacha encontró a su padre en el vestíbulo, fumando con gesto preocupado. Su madre debía seguir con la sirvienta mejicana en la cocina.

Se le acercó. Demmert la envolvió en su mirada. Hablaron en voz baja.

—Cuéntame lo ocurrido.

Así lo hizo, de manera concisa.

—No puede haber sido él, papá. Es imposible. Y tenemos que ayudarle.

—Sí… ¿Qué plan es el tuyo?

—Ir a ver al *sheriff*. Tratar de que nos diga lo que sabe acerca del asunto. En cuanto descubra la conexión de esa mujer con Roy se pondrá a buscarlo. Se enterará enseguida de que estuvimos juntos a verle. Hemos de anticipamos a sus movimientos.

—Sí… Mal asunto, Vicky. En toda la ciudad no hay nadie con más motivos que Roy para matar a esa mujer, ¿te das cuenta?

—Él no la mató. Estoy segura.

Demmert asintió con la cabeza. Luego apretó uno de los hombros de su hija, mirándola a los ojos.

—Mucho tiempo he estado preguntándome qué sentías por Roy Douglas, Vicky. Creo que ya tengo la respuesta…

Las mejillas de la joven se encendieron ligeramente, pero no desvió la mirada.

—Estoy enamorada de él, papá. Si me lo hubieras preguntado te lo habría dicho.

—Sí, claro… Eres como el agua profunda, Vicky. ¿Lo sabe Roy?

—No creo.

—¿Por qué no se lo dices? Sospecho que le haría mucho bien.

—Yo estoy segura. Pero él vive vuelto hacia su pasado, con la obsesión de no tener derecho a una existencia digna, pacífica y feliz al lado de una esposa y unos hijos. Y no estoy nada segura de que corresponda a mis sentimientos con otra cosa que una amistad casi filial. Ahora se presenta la oportunidad de abrirla los ojos, papá. Pero está corriendo un peligro tremendo y solo nosotros podemos ayudarle. Sé que teme quedarse sólo de nuevo, que lo creamos homicida. Le puedo adivinar los pensamientos y temo a sus reacciones. Hemos de movernos muy aprisa, por su bien.

Demmert le palmeó el hombro despacio.

—Conformes, Vicky. Voy a ponerme la chaqueta.

La señora Demmert entró cuando se disponían a marchar. Era una mujer de cuarenta y cinco años, aún bien conservada. Les miró suspicaz.

—¿Os vais? ¿Qué sucede?

—Un pequeño disgusto en el «Seven Palms». Vicky ha venido a decírmelo. Estaremos de regreso lo más pronto posible. Si me llamaran por teléfono, di que fui allí.

—Pero… ¿No podéis explicarme…?

—Lo haremos luego, mamá, no te preocupes.

Padre e hija salieron, dejando a la madre intrigada…

CAPÍTULO V

Había un pequeño grupo de gente delante del «Dixie», hotel de segunda categoría y cinco pisos sito en el Charleston Boulevard. También más grupos dentro, en el vestíbulo montando guardia junto a los ascensores y otro al pie de la escalera. El primero les cerró el paso, advirtiéndoles:

—No pueden subir, señor Demmert. Buenas noches.

—¿Está el *sheriff* arriba?

—No. Marchó a su despacho.

—Gracias.

Fueron a la calle de nuevo, subieron al coche de Roy, en que vinieran hasta allí, y se encaminaron a la Jefatura.

Allí había movimiento. Cuatro o cinco periodistas trataban de conseguir más información de los agentes. Demmert hizo una seña a uno de ellos, que se les acercó.

—Hola, señor Demmert. Dígame.

—Ya sé que el *sheriff* está ocupado. Pásele esto.

El policía hizo una mueca, tomó el papel doblado y se alejó, entrando en el despacho del *sheriff*. Estuvo de regreso a los pocos minutos.

—Vengan conmigo.

El *sheriff* Clay era un hombre recio, de anchas espaldas y mandíbula de perro de presa, con ojos como placas de acero y el pelo cortado a cepillo. Se encontraba sentado a su mesa de trabajo y hablando por teléfono. Con él estaban un par de agentes de paisano, un sargento y un guardia uniformado. Clavó la mirada en los Demmert y les hizo un gesto amistoso con la mano.

—Hola, Harry. Hola, Vicky. Sentaos. Bien chicos; a trabajar.

—¿No seguimos esa pista de las llamadas telefónicas?

—Sí. Que se encargue Rodgers de eso. Tú, Belmet, rastrea los movimientos de la pareja desde su llegada. Toma buena nota de con

quién hablaron, dónde y sobre qué. Llévate a Parker y a Berensen.

Los policías salieron. Entonces, el *sheriff* puso los codos sobre la mesa, juntó las manos y se encaró con los Demmert.

—Adelante, Harry. Desembucha.

—Antes quisiera que me contaras lo ocurrido. Y lo que llevas averiguado sobre el asunto. Sólo sabemos que una mujer llamada Billiken ha sido estrangulada en su habitación del «Dixie».

—¿Sólo eso?

—Del hecho, sí.

—Ya… —El *sheriff* se tomó casi un minuto, sin quitarles los ojos —. Bien, pues los hechos son pocos y concretos. Una mujer llamada Sadie Thornton, por matrimonio Billiken, de treinta y seis años de edad, nacida en Pemberton, Connecticut, y que había llegado a la ciudad ayer por la mañana en compañía de su marido, alojándose en el «Dixie», fue encontrada a las nueve de la noche estrangulada en su habitación. Estrangulada con una media de seda usada, al parecer de su pertenencia. El cadáver estaba aún caliente y, por otra parte, a las siete había sido vista en el vestíbulo, donde tomó la llave. De modo que la mataron entre siete y nueve, quizá sobre las ocho.

—¿Quién encontró el cadáver?

—La camarera del piso. Se le había olvidado colocar toallas limpias en el baño. Llamó y, como no le abrieron, lo hizo con su llave. Entonces la descubrió sobre el suelo del dormitorio.

—¿Qué más?

—Sin la menor duda, el asesino buscaba algo. Todo apareció muy revuelto, las maletas en especial. No hemos encontrado dinero ni joyas, pero sí la documentación de ella en su bolso. El criminal ha usado guantes, como es lógico. Era persona conocida de la interfecta y fuerte. Ella fue atacada de improviso por la espalda, se defendió y no era pequeña ni delgada. Y ahora dime ya lo que sabes acerca del asunto.

—¿No tienes ninguna pista acerca de quién pueda ser el asesino? ¿Su marido no te ha dicho nada?

—Su marido ha desaparecido y no se le encuentra por ninguna parte. Hemos hecho radiar una llamada, pero sin resultado.

Padre e hija se miraron. El *sheriff* no les quitaba ojo.

—Caramba… Eso complica la situación, ¿verdad? —dijo

Demmert.

—Sí. Y sospecho que vosotros dos me la vais a enredar todavía más. ¿Me contáis lo que sabéis, sí o no?

—Díselo, papá.

—Sí. George, esa mujer era la exesposa de Roy Douglas.

El *sheriff* silbó quedamente. Y se los quedó mirando con fijeza.

—De modo que se trata de eso… ¿Dónde está Douglas?

—¡Espere! —Virginia se echó adelante—. Roy es inocente de ese asunto. No pudo matar a esa mujer.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estuvo conmigo desde las siete hasta las ocho y diez. Y a las nueve menos veinte me reuní con él de nuevo en el restaurante del «Caribean».

—Eso nos deja media hora…

—Él ya estaba allí hacía, por lo menos, quince minutos si no más.

—Ya… ¿Estás segura de todo eso que dices, Vicky?

—Claro que sí. Roy se encontraba altamente preocupado por la presencia de su exmujer en la ciudad y las posibles consecuencias que para él podría tener. La descubrió casualmente, ella le siguió los pasos hasta el bar de Robinson y allí inició contra Roy un chantaje. Quería veinticinco mil dólares. Roy la dejó hablar. Luego alquiló un cuarto en el «Caravane», con el propósito de engañarle, haciéndole creer que estaba aquí de paso. Ella le había citado a las diez; en su habitación y le dijo que estaría acompañada. Roy vino a buscarme para contarme su apuro. Pensaba huir de la ciudad. Yo le convencí al fin para que viniera a verle y le contara lo que sucedía. Entonces nos enteramos del crimen.

—¿Dónde está Roy ahora?

—Se lo diremos cuando nos dé su palabra de no detenerle y hacer pública su conexión con el asunto.

—¿Te das cuenta de lo que hacéis tu padre y tú? Roy puede ser el asesino, en buena lógica tiene todo en su contra…

—No lo hizo. No la mató.

—¡Huy! Vaya un lío… Sí, ya hemos averiguado lo de la llamada ésa. La interfecta realizó dos llamadas por la tarde. Una al «Caravane», otra a un número particular que la telefonista del «Dixie» no puede recordar. En los dos casos no escuchó nada, por

desgracia. Esa pareja parecía traer el propósito de afincarse en la ciudad. Estuvieron preguntando por una casa. De momento no podemos saber cuáles eran sus verdaderos propósitos. Tal vez… Tal vez pensaban sacaros dinero a vosotros, ¿no os parece?

—A nosotros no podía sacarnos nada por la sencilla razón de que nada tenemos que ver en el asunto, George. No desbarres. Ni siquiera debía conocer la presencia Roy en la ciudad. De lo contrario le hubiera hablado ayer mismo.

—¿Y cómo sabéis que no lo hizo?

—Porque conozco a Roy Douglas.

—Escuche, señor Clay. Usted sabe tan bien como nosotros el carácter de Roy. Nunca hubiera cometido ese crimen precisamente por saberse el más idóneo sospechoso y porque nada podía ganar matando a su exmujer.

—¡Hum! Te sorprenderías si te contara casos…

—¡Roy no ha sido! ¿Por qué no trata de razonar con lógica? ¿Qué sabemos si entre los cuarenta mil habitantes de la ciudad existe otro con tantos motivos como para cometer ese crimen? Piense en la catadura moral esa mujer. Y en el hecho de que haya desaparecido su marido. En esa llamada a un teléfono privado. En lo de ir buscando casa. Roy no podía darle tanto dinero y, por otra parte, ella debía tenerle miedo hasta cierto punto. De ahí que se dispusiera a recibirle acompañada. En cambio, a su matador le recibió sola.

Hablaba con vehemencia en ella inusitada, martilleando las palabras. El *sheriff* la escuchaba atentamente. Y cuando terminó esbozó una sonrisa.

—Avísame cuando busques otro empleo, Vicky. Te daré uno en mi oficina.

—¿Me cree, pues?

—Tu lógica es implacable, muchacha. Y por otra parte, se me hace cuesta arriba estropearle a Roy Douglas el porvenir con una decisión poco meditada. Id a buscarle y traédmelo. Os doy mi palabra de que no procederé a su detención, por el momento al menos.

Virginia suspiró fuerte y se levantó.

—¿Por qué no viene con nosotros?

—Ajá. Te lo diré, muchacha. Porque si voy, en estas

circunstancias, los chicos de la Prensa van a olfatear la verdad. Y no creo que te convenga eso, ¿eh?

—Haremos una cosa, George. Voy a decirle que retome a su puesto de trabajo como si nada hubiera sucedido. Allí podrás hablar con él mejor.

—Buena idea. Si hay otro asesino, sepa o no la conexión de la interfecta con Roy Douglas, tal vez se confíe…

Cuando salieron de la oficina del *sheriff*, Virginia le preguntó a su padre:

—¿Crees que hemos conseguido algo, papá?

—Seguro que sí. Conozco a Clay. Por lo menos le dará cuerda a Roy hasta que tenga una pista segura.

—Y si no la consigue…

—Entonces, temo que Roy vaya a parar a la cárcel, Vicky. Tu generosa mentira al *sheriff* no le valdrá de mucho, aparte de que no creo que la consienta. En fin, veremos cómo se resuelve el maldito enredo en que nos hemos metido de cabeza…

CAPÍTULO VI

Roy había estado fumando y pensando envuelto en sombras y junto a la ventana. Vio llegar a su coche con los Demmert, y cuando Virginia abrió la puerta estaba ya aguardándola.

La muchacha cerró a su espalda y le habló:

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. ¿Qué habéis hecho?

—Hemos hablado con el *sheriff*. Está casi convencido de tu inocencia. Pero necesita hablar contigo. Hemos convenido que irás enseguida al «Seven Palms», a tu trabajo, como si nada supieras ni tuvieras que ver en el asunto.

—Es una trampa para detenerme, Vicky.

—No. Ya le conoces. Tenemos su palabra de que, por el momento, te dejará completa libertad de acción. Sé comprensivo, Roy. Sabes lo que te juegas…

Él la estaba mirando de un modo distinto al habitual. Lo advirtió y sintió un gran desasosiego.

—¿Tanto te importo, Vicky?

La muchacha tragó aire. Se le encendieron las mejillas un tanto. Pero asintió con voz queda, sin esquivar la mirada.

—Sí, Roy. Tanto.

Él suspiró, hondo.

—Lo he comprendido al ver ahí mi fotografía. Es demasiado hermoso, Vicky. Y no me lo merezco.

—Déjame decidir lo que de mi mereces, Roy.

—Sí… Tengo que decírtelo, Vicky. Te quiero, desde hace mucho tiempo.

Despacio, ella se le acercó y se puso a acariciarle la pechera con una mano. Sus bellos ojos estaban impregnados de dulzura.

—Yo también, Roy. Y ahora soy feliz.

Él le cogió la cara con ambas manos. Estaba sombrío.

—Esto es terrible, Vicky. No debería consentirte que me hablaras de ese modo ni debí revelarte mis sentimientos. Pero soy un cobarde, me siento demasiado solo ahora. Y temo perder tu compañía…

—No eres cobarde ni estás solo. Estás en grave peligro; sí, y mi deber es ayudarte, darte ánimos…

—Vicky…

Se juntaron sus bocas sin esfuerzo. Para Roy Douglas era como alcanzar la cúspide de un hermoso e inaccesible sueño, algo con lo que hasta poco antes no se atrevía ni a pensar. Para Virginia, el comienzo de una ardua y magnífica tarea que le llenaba de alegría el corazón.

—¿Estás ahí, Vicky? ¡Oh…!

La puerta de la alcoba se había abierto, dando paso a la señora Demmert, que se quedó atónita en el umbral. Los enamorados se soltaron aprisa, afrontándola; Virginia un tanto arrebolada, Roy nervioso.

—Sí, mamá…

La dama avanzó un paso, poniendo gesto severo.

—¿Quieres decirme qué significa esto, Vicky? ¿Por qué está Roy en tu alcoba?

—Escuche, señora Demmert…

—Déjame a mí, Roy. Mamá, están ocurriendo cosas muy importantes esta noche. Una de ellas, la que más, que Roy me quiere y desea casarse conmigo. ¿No es así?

—Desde luego. No deseo nada con tanta ansia.

—¡Vaya! ¿Y para eso habéis subido aquí?

—No, mamá; no seas mal pensada. Roy está en un serio apuro. Esta noche han asesinado a su exesposa en el hotel «Dixie».



—Si, han asesinado a una mujer...

2 — PASADO

—¡Santo Dios! —La buena señora dilató con susto la mirada.

Virginia no le dio tiempo a seguir.

—Desde luego, él no ha sido. Estuvo conmigo justo a la hora del crimen. Hemos convencido al *sheriff* entre papá y yo para que no lo moleste por ahora. Y entre todos vamos a tratar de localizar al

asesino. De otras cosas te enterarás mañana por la Prensa, pero no se te ocurra hablar con nadie de esto, o perjudicarás mucho a tu futuro yerno. Vamos, Roy.

Tomólo de la mano y se lo llevó fuera de la alcoba. Al pasar por delante de la aturdida señora Demmert, él le dijo:

—Lo siento, pero… soy inocente y quiero a Vicky mucho.

Demmert los estaba esperando abajo.

—Vamos, muchacho. Iremos juntos al «Seven Palms».

—Yo me reuniré enseguida con vosotros allí. Hasta ahora.

Cuando salían de la casa, Demmert hizo una pregunta, mirando a Roy de reojo.

—Ha ocurrido algo grande, ¿verdad, muchacho?

—Sí, señor.

—Me alegro. Siempre pensé que Vicky y tú haríais una excelente pareja.

—¿No le importa?

—Claro que no. Tú vales mucho. Pero ahora vamos tener trabajo para justificar tu inocencia. Vicky le contado al *sheriff* que estuvo contigo desde las siete las ocho y diez y después de las nueve menos veinte, parecer, el crimen ocurrió sobre las ocho.

—No debió hacer eso. Ni usted permitírselo.

—¿Puedes justificar tu empleo de ese tiempo?

—No, hasta la ocho y media, más o menos. A esa hora entré en el «Caribean». Antes estuve paseando y antes, aún, en mi casa. Ya sabe que los Dillmann suelen encontrarse en la tienda a esa hora.

—Sí. Y por eso te conviene una buena coartada. Vicky te la ha proporcionado. En veinte minutos no pudiste llegar al «Dixie», estrangular a tu exmujer, registrar la habitación a conciencia, salir y llegar al «Caribean». Bueno, ahora vas a ocupar tu puesto. Y ya veremos lo que sucede. Por lo pronto, el actual marido de ella ha desaparecido. Y parece ser que vinieron detrás de otro residente en Las Vegas.

Virginia regresó a su alcoba para cambiarse de ropas. Su madre la esperaba en lo alto de la escalera y la acoso a preguntas, a las que la muchacha contestó mientras se desvestía y poníase un traje de cóctel, medias y zapatos adecuados.

—Tú estás loca, Vicky. Ir a enamorarte de un hombre con un pasado, que puede ser incluso un asesino a estas alturas…

—No quiero que hables así, mamá. Hace cinco años largos que tratas a Roy casi a diario. ¿Te parece decente decir eso de él? Recuerda lo que fue papá en la juventud y lo que ahora es. Yo sé que Roy aún ha de ser mejor marido y padre.

—¡Hum! Y yo que te creía tan sensata…

—Soy muy sensata, mamá. Estoy profundamente enamorada de un hombre que ha sufrido mucho y se ha regenerado por completo, que me necesita y me corresponde como yo deseaba. No me estoy dejando llevar por un mal entendido romanticismo ni me dominan impulsos poco razonados. Sé cuál es mi deber y lo voy a cumplir. Tú lo comprenderás en cuanto recapacites un poco. Y ten alegrarás de saberme feliz. Hasta luego…

El «Seven Palms» estaba tan concurrido como de costumbre. Numerosos clientes de ambos sexos y diferentes cataduras tiraban de la oreja a Jorge. Los había luciendo *smokings* y otros con camisas pintarrajeadas por fuera de los pantalones. Las mujeres, en cambio, iban bien vestidas.

A la derecha de la entrada, en el restaurante, estaba actuando un conocido «astro» de la pantalla y la televisión. A la izquierda, en el bar, abundaban las bellezas en busca de cliente y los clientes en busca de belleza. Pero era arriba, en las salas de juego, donde estaba lo verdaderamente importante.

Virginia subió allí, esquivando a dos o tres hombres demasiado atrevidos. Y una vez arriba se encaminó hacia la izquierda, a la sala regentada por Roy.

Lo descubrió enseguida, impecable con su traje oscuro, su corbata granate, su pelo bien peinado, su rostro impasible. Sólo ella podía advertirle la tensión y advirtió su cambio al descubrirla.

Se encontraron en medio de la sala. Y se dieron la mano con naturalidad.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna.

—¿No vino el *sheriff*?

—Aún no.

—¿Cómo te sientes?

—Muy tranquilo, aunque como dentro de una pesadilla.

—Llévame a tomar algo. Di a dónde vamos, por si viene Clay.

Roy así lo hizo, la tomó por el brazo y la condujo entre las

mesas y los jugadores fuera del salón, hacia abajo.

Ella le sonrió.

—Esta noche, Roy, me siento muy feliz a pesar de cuánto nos ocurre.

—Yo también. Demasiado.

—¿Demasiado?

—Sí.

—¿Por qué, Roy?

En lo alto de la escalera estaban. Él la miró a los ojos.

—Porque no te merezco ni merezco tu amor, Vicky. Porque tengo un pasado, estuve en presidio e hice cosas deshonrosas.

—En el lejano pasado, Roy. Y no exactamente por tu culpa.

—Por la mía. Nunca debí dejarme arrastrar a ese camino. No hay excusa.

—Te juzgas con demasiada severidad. Tenías veinte años…

—¿Cuántos tienes tú ahora? Y nadie te haría cometer una fea acción.

Sosteniéndole la mirada, ella le repuso con suavidad:

—Te equívocas. Por ti sería capaz de todo, Roy. Hasta de ir contra mis convicciones morales.

Le estaba mintiendo, en cierto modo. Pero aquella mentira era necesaria en aquellos momentos. Vio cómo cambiaba la expresión de los ojos de Roy.

—No es posible, Vicky. Tú, no.

—El amor justifica casi todo, Roy. Y tú te habías enamorado.

—¡Calla!

Le crispó la mano sobre el brazo, haciéndole daño No lo demostró.

—Tranquilízate. No pienses en el pasado, sino en el presente y en nuestro futuro. Es lo único que importa, créeme. Anda, vamos abajo.

Estaban actuando dos cantantes melódicas, rubias, esculturales y ligeras de ropa. Todas las mesas se hallaban ocupadas por un público bastante selecto, en general. Vicky y Roy se fueron hacia el mostrador al fondo. Un barman se apresuró a atenderles, con amplia sonrisa.

—Hola, Douglas. Buenas noches, señorita Demmert. ¿Qué van a tomar?

—Una naranjada.
—Ginebra con hielo.
—¿Me das uno de tus cigarrillos?
—¿Negro?
—Sí. Es un capricho. Ya sabes que apenas si fumo. Pero me encanta verte liarlos.

Con una sonrisa forzada, Roy sacó tabaco y papel y le lió veloz un cigarrillo, dándoselo a mojar. Vicky sacó la lengua y humedeció el borde del papel. Los fuertes dedos de Roy terminaron su tarea.

No, aquellos dedos no habían apretado una media sobre la garganta de una mujer mala pocas horas antes. No estarían tan firmes ahora. Roy Douglas no era, no podía ser un asesino.

—Toma.

Se lo puso en la boca y se lo encendió. Luego lió el suyo. Virginia no le quitaba ojo.

Estaba intensamente preocupado. Pero era inocente. Tenía que serlo, no había otra opción. El verdadero criminal debía andar ahora huyendo por alguna parte. El pasado, personificado por su antigua esposa, aquella mala hembra, había venido de pronto en son de amenaza contra Roy. Ahora, ella estaba muerta y su pasado seguía amenazándole con deshonor y presidio. Sobrábanle motivos para sentirse acorralado, nervioso. Sin embargo, era, tenía que ser inocente. Y la quería…

Él la estaba mirando de nuevo. Con ansia, con aprensión, con amor. Había sido amor y no otra clase de afecto lo que estuvo siempre en sus ojos, en su constante deferencia. Ahora, el peligro acababa de romper las barreras, de diluir la que parecía insalvable muralla.

El camarero les puso delante lo pedido, con otra sonrisa comprensiva. Vicky sonrió.

—Fuerte, pero agradable. Como tú…
—Gracias, Vicky.

La tenía delante, los ojos llenos de cariñosa luz, Dándole fuerzas, ánimos para enfrentarse con todo lo que le pudiera sobrevenir. La había besado ya. Sabía del calor y la magia fragante de sus labios. Ella le amaba. Ella, que valía tanto… Luego podía pensar con esperanzas en el futuro, podía creer que también para él existía el perdón por los pasados errores y delitos, el derecho a la paz, a la

felicidad.

Nadie se fijaba en ellos. Las cantantes terminaron su número y estallaron los aplausos. La gente venía a Las Vegas a divertirse cuanto más mejor, a jugarse el dinero y a gozar. Un asesinato era algo inmundo que no podía tolerarse. Si se trataba de una aventurera… Bueno; esa clase de mujeres suelen terminar mal… No había motivo para molestar a las personas honorables, ni siquiera a las otras, en sus diversiones. A nadie le importaban los problemas ajenos. A Las Vegas se venía a vivir…

Los dos enamorados tomaron sus vasos y los chocaron quedo.

—Por ti, Roy. Para que todo termine pronto y bien.

Sí, eso era lo único importante. Vivir, amar y ser amado. Aunque no siempre se pueda conseguir, aunque el negro pasado amenace. Vivir…

—Así sea, Vicky. Por ti…

CAPÍTULO VII

Estaban en el fondo del local, separados de toda otra persona, contemplando las evoluciones alegres de un «*ballet*» compuesto por una docena de esculturales bellezas. Roy fumaba, Virginia ya había dejado de hacerlo.

—Parece increíble… —murmuró él.

—¿Qué, Roy?

—Todo esto. Increíble como una pesadilla. Sadie muerta… Durante muchos años ha sido un mal recuerdo, un fantasma repulsivo dominando mi vida. Pensé luchas veces dónde se encontraría, si la volvería a tropezar alguna vez. Y ha venido a ser asesinada aquí, para hasta con su muerte provocarme daño. Pero ya es, para siempre, nada más un fantasma…

—Deberías arrojar esos pensamientos de tu mente, querido.

—Sí. Pero no es nada fácil. Han estado dentro de ella muchos años.

—Por eso, con mayor motivo.

—Si tú supieras… Yo era un muchacho normal, más bien ingenuo, lleno de ilusiones y esperanzas. Había tenido un par de esos idilios juveniles que no cuajan por su levedad, pero lo que me preocupaba en realidad eran mis estudios. Pesaba sobre mí el dolor de mi madre, el recuerdo de mi padre muerto en circunstancias poco claras. Me había jurado llegar a ser alguien y por eso estudiaba, para pagarle a mi madre sus muchos trabajos y desvelos. Y entonces llegó ella…

—Déjalo estar, Roy. Te hace daño.

—Más me lo causa callar. He callado durante diez años, Vicky. Es un alivio poderte hablar de esto.

Ella le oprimió un brazo con gesto cariñoso y comprensivo.

—Habla, pues.

—Gracias. No es nada bonito ni agradable, abreviaré lo más

posible, lo compatible con tus derechos.

—Si es por eso, Roy, no lo hagas. No necesito saber los detalles.

—Los detalles no te los contaré. Ella vino a Bradbury Hill con un hombre al que hacía pasar por su hermano. La conocí casualmente. Era hermosa, con una seducción diabólica. Me enredó fácilmente, me enloqueció. Aquello no era verdadero amor, sino pasión impura y violenta. Pero yo carecía de experiencia. Fui tras ella como un corderillo, me encegué sin darme cuenta, cerré los oídos a los consejos y las súplicas de mi madre, Y terminé pidiéndole que se casara conmigo. ¿Te imaginas eso, Vicky? Le supliqué que se casara conmigo y era una…

Virginia le puso la mano en la boca.

—Basta, Roy. Es peor seguir. Te estás llenando de veneno.

—Estoy repleto de amargura. Pero tienes razón, es inútil hablar del pasado. Fui un estúpido asno y un canalla. Mi madre está muerta, lo mejor de mi vida destruido, soy un hombre fichado y ahora, encima, un sospechoso de asesinato. Todo por haberme cegado a los veinte años con una aventurera…

—Ya está muerta, Roy.

—Sí. Otro le dio su merecido. No puedo pensar en ella sino con odio, Vicky.

—Lo que debes hacer es no pensar más en ella, sino en ti, en nosotros, en lo que ha sucedido, en el riesgo que corres. Has de tener la cabeza despejada para afrontarlo. Creo que lo más conveniente sería que investigásemos por nuestra cuenta.

—¿Dónde, sobre qué? Mientras no encuentren a ese Billiken… Ahí viene Clay. Y trae mala cara.

Era cierto. El *sheriff* venía, procurando pasar inadvertido. Les descubrió y se les acercó, plantándose delante de ambos y mirando a, Roy con fijeza.

—Hola, Douglas.

—Hola, *sheriff*.

—Ya ve que hemos cumplido nuestra palabra. No irá a detenerlo, ¿verdad?

—No. He venido con otra intención. ¿Cómo era el tipo que acompañaba a tu exmujer?

—Alto, largo, más bien, con cara caballuna y pelo pajizo… ¿Por qué?

—Lo hemos encontrado.

Algo en su tono puso en guardia a los novios. Roy inquirió, tenso:

—¿Dónde?

—Tras el garaje de tu casa. Le habían pegado un balazo en el corazón. Estaba sentado contra la pared y como dormido.

Roy había contenido el aliento, al igual que Vicky. Ahora lo soltó ampliamente.

—¡Dios…!

La joven inquirió, con un hilo de voz:

—¿Cuándo lo han encontrado?

—No hace media hora. Me disponía a venir aquí cuando recibí el aviso. Uno de mis hombres, al que envié a registrar tu vivienda, dio con él.

Roy volvió a respirar hondo. Estaba sumamente pálido.

—Y eso significa que lo mataron allí, o cerca…

—Eso parece. Pero también, muchacho, te ayuda. ¿Tienes ahí tu pistola?

—Sí.

—Bien. Ahora escúchame con atención. Vas a fugarte. A desaparecer de la circulación. Saldrás conmigo ahora, y Vicky nos acompañará. Subiremos los tres a mi coche. En la calle Nueva, entre el garaje y el almacén «Hodgson's», hay una zona de poca luz. Bajaremos allí y en el solar me darás un golpe lo bastante convincente para lo que deseo. Luego, tú y Vicky saldréis disparados con el coche. Saldréis de la ciudad. Enfilad la carretera del Sur. California. En la bifurcación de Arden deteneos. Estará allí el agente Berensen, con un coche. Tomadlo y regresad a la ciudad, yéndoos a tu casa, Vicky, con toda clase de precauciones para que nadie os reconozca.

—¿Por qué todo esto, *sheriff*?

—Porque no estoy nada seguro de que seas tú el asesino de tu exmujer, y menos el de su acompañante y último marido. Pero no tengo la menor idea acerca de su identidad. Nada se opone a la probabilidad de que ahora mismo nos esté vigilando. Y necesito confiarlo para que dé un paso en falso. Por eso voy a lanzar contra ti los perros del escándalo, Roy.

—¿No puede hacerlo sin eso? Le va a causar un grave daño…

—Más le causará el asesino. Ahora ya sabe que él tenía mucho que ver con Sadie Thornton. Seguro que se lo dijo Billiken. Andando, vámonos.

Roy tenía el ceño fruncido. Miró a Virginia y luego suspiró.

—Debí haberte dejado aparte desde el primer momento, Vicky…

—No digas tonterías. Vamos.

Salieron juntos del casino, sin parecer levantar interés en nadie. Afuera aguardaba el coche particular del *sheriff*. Subieron…

—Vigilad si alguien nos sigue.

Virginia miró hacia atrás. Y vio cómo un hombre y una mujer salían del «Seven Palms», subiendo a otro automóvil. No pudo reconocerlos.

—Ha salido una pareja. Suben a un «Cadillac» azul. Pero no vienen tras de nosotros. ¡Un momento! Acaba de arrancar un «Buick» negro. Nos sigue…

—No lo pierdas de vista, pero evita que su conductor pueda advertir que lo vigilas.

—¿Cree que sea el asesino?

—No creo nada. Estoy tendiendo una trampa. Recuerda bien lo que te he dicho. Estás en un serio peligro. El asesino de los Billiken conoce tu conexión con la mujer y va a tratar de cubrirse contra toda sospecha eliminándote. Por eso llevó a Billiken detrás del garaje de tu casa, para dirigir contra ti las sospechas. Cuenta con que te dejarás llevar por los nervios. Ahora actuaremos como te he dicho. Pero muévete aprisa, no vayan a «suicidarte» antes de tiempo. ¿Comprendes?

—Comprendido.

—Bien. ¿Nos sigue ese «Buick» aún, Vicky?

—Sí. A unas cien yardas.

—Concrétame sus características. Tú entiendes de automóviles. ¿Puedes leerle la placa?

—No. Es un modelo del año pasado.

—Bien. Voy a doblar. Alista la pistola, muchacho.

Roy la sacó, mientras el *sheriff* se introducía por una calle transversal y mucho menos iluminada. Un cuarto de milla más lejos se detuvo ante un amplio solar descampado entre dos construcciones.

—¿Nos sigue aún el «Buick»?

—Sí. Ha frenado y se detiene.

—Bien. Manos a la obra.

Abrió y salió primero Roy, pistola en mano, mirando rápido en torno. La calle aparecía prácticamente solitaria, al menos por las cercanías. El *sheriff* lo imitó y ambos echaron a andar hacia el interior del solar.

—Dame en la cabeza, pero no abuses. Pronto.

Alzando la mano, Roy le golpeó sobre la oreja. El *sheriff* gruñó y se tambaleó, tocándose el punto golpeado. Se miró los dedos. Brillaba en ellos la sangre.

—Corre, vete. Y mucho cuidado.

Mientras así decía, se tendió detrás del alto montón de escombros que medio los ocultaba. Todo había durado escasamente tres minutos, desde que abandonaron el automóvil.

Roy corrió velozmente hacia el vehículo. Al hacerla, mientras se guardaba la pistola en un bolsillo de la chaqueta, se dijo que, pasara lo que pasase, Virginia no debía sufrir las consecuencias de ninguna manera.

El «Buick» negro estaba avanzando despacio y se encontraba a unas cien yardas de distancia. Roy llegó junto al coche del *sheriff* y se introdujo en él. Virginia, acurrucada en su interior, le susurró, con voz tensa:

—¿Crees que nos atacará?

—No lo sé. Acurrúcate ahí.

Habían dejado el coche en marcha. Tomó el volante y pisó el acelerador.

Aún no había tomado suficiente velocidad cuando el «Buick» llegó a su altura. Miró y distinguió a un hombre al volante. Llevaba sombrero echado hacia los ojos y pasó demasiado aprisa para poder apreciarle las facciones. En cambio, pudo leer perfectamente la matrícula.

El «Buick» siguió derecho. Él torció por la primera transversal. La voz de Virginia sonó a sus espaldas, cargada de excitación.

—He leído su matrícula…

—Yo también. Ve copiándola en algo. Toma mi pluma.

—¿Crees que pueda ser el asesino?

—O él, o un cómplice. Óyeme, Vicky; ésta es una partida de muerte, ya lo oíste. No puedo tolerar que permanezcas más tiempo

metida en ella. Vas a apearte en la calle Quinta y Franklin Avenue…

—No lo haré, Roy. De ninguna manera. Ya has oído al *sheriff*.

—El *sheriff* no está enamorado de ti. Harás lo que te digo y marcharás a tu casa. Yo procuraré reunirme contigo. Ese tipo del «Buick» no lleva buenas intenciones. No voy a arriesgar tu vida inútilmente. ¿Me vas a obedecer?

—Prométeme que no arriesgarás la tuya sin necesidad.

—Ahora tengo un gran motivo para desear vivir. No lo haré más de lo necesario.

—Entonces, te obedeceré.

Iban a la máxima velocidad permitida por el interior de la ciudad. Pasaron por delante de dos o tres de los más lujosos y concurridos establecimientos. La constelación de anuncios luminosos llenaba la noche de Las Vegas. Era la hora de máxima animación en las vías céntricas, donde se amontonaban los locales de diversión y esparcimiento. Cientos de automóviles aparecían pegados a las aceras, por dónde iban cientos de personas de aquí para allá.

Pero también había amplias zonas de descampado, o de jardines, entre las edificaciones. Zonas mucho menos iluminadas y concurridas. Virginia se mantenía vigilante. Y no tardó en descubrir al «Buick».

—¡Viene otra vez detrás…!

—¿A qué distancia?

—Unas doscientas yardas.

—Bien. Prepárate a salir en cuanto pare y a correar a ocultarte. No podemos perder un minuto.

Dobló la esquina de Franklin Avenue y avanzó por ella un centenar de yardas, frenando apenas hubo entrado allí. Vicky tenía ya la portezuela abierta. Y al quedar detenido el automóvil la abrió y salió con tanta rapidez como le fue posible, al tiempo que pedía a Roy:

—Cuídate mucho.

Él arrancó de nuevo sin apenas haberse detenido, en cuanto sonó el golpe de la portezuela al cerrarse. Virginia ya estaba en la acera y junto a un puesto de helados cerrado a la sazón. Llegó a su amparo justo cuando el «Buick» doblaba la esquina.

Pegada al quiosco lo vio pasar por el centro de la calzada a buena velocidad detrás del coche de Roy, que ya estaba a más de cien yardas de distancia. El hombre del sombrero oscuro no miró en su dirección. Al menos no se lo pareció. Y ambos vehículos desaparecieron velozmente, dejándola con una insoportable opresión en el pecho. ¿Volvería a ver vivo a su amado?

CAPÍTULO VIII

Una vez sin la compañía de Virginia, Roy se sintió mucho más aliviado. Ahora tenía las manos libres para actuar, defenderse y desenmascarar al asesino de su exmujer y el último marido de ella.

Por el retrovisor vio avanzar al poderoso «Buick» a su espalda. Apretó los dientes. ¿Quién sería? ¿Por qué mató? ¿Cómo supo lo suyo? ¿Por Sadie, por Billiken? Era una suerte para él que el *sheriff* Clay fuese su amigo y también un hábil sabueso. Una gran suerte contar con la fe inquebrantable y la ayuda de Vicky y de su padre…

Cuando enfilaba la calle Quinta para entrar en la carretera 91, el «Buick» se encontraba a unas cincuenta yardas a su espalda. Lo pasó entre otros dos coches, uno de ellos un camión, acelerando y alejándose. Una dura sonrisa contrajo los labios de Roy…

Cinco millas al sur de Las Vegas la carretera pasaba bordeando un profundo barranco y formando algunas curvas de escasa visibilidad. Ya había Roy pasado una, y estaba entrando en la segunda, cuando de pronto, por el lado opuesto brotó el «Buick» negro. Un instante después, sus potentes faros lo deslumbraron al ser encendidos a la máxima potencia y dirigidos contra él.

Vio instantáneamente el propósito del asesinato. Y en una serie de rápidos reflejos trató de meterse contra el terraplén a su izquierda. Pero el otro se le anticipo, colándose allí.

Los dos vehículos chocaron con estrépito. El que llevaba Roy era mucho más liviano y estaba en peor posición. Embestido por el costado, fue a pegar contra el pretil, lo rompió y se precipitó por la abrupta pendiente. El «Buick» recuperó la dirección no sin esfuerzo; y sin detenerse, siguió su camino, alejándose a buena marcha.

El automóvil del *sheriff* dio varias vueltas de campana y terminó con la ruedas en el aire en el fondo del barranco. Pero Roy Douglas no estaba dentro.

Al comprender la inutilidad de todo intento para evitar el

desastre, había soltado el volante, tendiéndose en el piso durante los segundos que el vehículo estuvo como suspendido en el vacío tras chocar contra el pretil. De este modo escapó a una muerte cierta.

Porque tras de la primera vuelta de campana y el primer violento choque contra las rocas, el vehículo quedó detenido durante breve intervalo por una más grande. Y mientras se iba deslizando por la pendiente, él tuvo tiempo de abrir la portezuela y saltar, segundos antes de que siguiera su caída dando tumbos.

Cavó en el suelo duro y se lastimó. Pero consiguió agarrarse a una mata y esquivar la masa del vehículo cuantío pasó hacia el fondo por su lado. Luego, mientras se apagaba el estrépito, se sentó y meneó la cabeza.

Estaba conmocionado y dolorido, pero no parecía haber recibido heridas de consideración. Sangraba por una ceja y por otro corte en la mandíbula, tenía un par de fuertes contusiones y eso era todo.

Se incorporó y emprendió el ascenso a la carretera. No había pasado aún ningún vehículo. Probablemente tardarían algo. Le convenía estar lejos cuando descubrieran el accidente.

Pudo echar a andar con relativa normalidad. Los golpes y otras lesiones eran leves. Había salvado su vida de milagro. Pero no disponía de tiempo para curarse. Tenía que llegar a la bifurcación de Arden y encontrar a Berensen.

Había algo más de una milla. Hubiera querido ir corriendo, pero no le era posible sino caminar con no pocos dolores. Tardó veinte largos minutos en alcanzar la bifurcación. Para entonces habían pasado una docena de vehículos hacia Las Vegas y cinco en opuesta dirección.

Berensen se encontraba parado un poco adentro de la carretera vecinal. Cuando Roy lo llamó salió presuroso del coche, acercándosele con alarma.

—¡Douglas! ¿Qué le ha pasado?

—Subamos al coche. Se lo explicaré por el camino.

Así lo hicieron. Roy se metió en la parte de atrás y el policía puso el coche en marcha.

—Me echaron por encima del pretil en las curvas del barranco Magruder. Un «Buick» negro, matrícula de California. Me había estado esperando…

Hizo el relato brevemente, en los pocos minutos que tardaron en alcanzar el lugar del accidente. Cuando los faros del automóvil alumbraron el siniestro boquete sintió un escalofrío. Arrimado al terraplén, un poco más allá, había un automóvil. También, detrás, la motocicleta de un agente de tráfico. Una mujer estaba en pie junto al primer vehículo. Berensen detuvo al suyo un poco más allá, bajó, cambió con ella unas palabras y regresó, poniéndolo de nuevo en marcha.

—Su marido y un agente han bajado a reconocer el automóvil. Otro viajero fue ya a dar parte del accidente. De buena se ha salvado, Douglas.

—Acelere lo más posible y lléveme a la avenida Oakley.

Tardaron muy pocos minutos en alcanzar Las Vegas. Berensen condujo hacia la derecha, entró en la avenida Oakley, y a una indicación de Roy, se detuvo en un lugar poco alumbrado. Roy descendió y se despidió.

—Procure encontrar al *sheriff* pronto. Dígale que voy a seguir su plan.

Mientras el automóvil se alejaba, él echó a andar por la acera solitaria. Eran cerca de las dos de la madrugada. La vida nocturna de Las Vegas no repercutía por allí, en los barrios residenciales. Por todas partes había soledad y silencio.

No obstante, marchó empuñando la pistola dentro del bolsillo de la chaqueta. Le dolía terriblemente el cuerpo y la cabeza, pero la sangre se había coagulado en los cortes de la cara. Había escapado por pelos de morir en lo que hubiera sido considerado un accidente. Ahora, el asesino de Sadie y su último marido quedaba en descubierto.

Consiguió alcanzar sin novedad la casa de los Demmert. Entró en el jardín como un ladrón y fue a rodear la casa. La alcoba de Virginia hallábase en el piso alto, casi en la esquina de la parte derecha.

No había luz en el edificio. Pero, a no dudarlo, Virginia estaría despierta y esperándolo. Tomó una china y la lanzó contra el cristal de la ventana.

Ésta se abrió y la figura de la joven apareció allí.

—¿Roy?

Queda, su voz sonaba ansiosa.

—Sí…

—Ve a la puerta.

Minutos más tarde, los dos se abrazaban en la sombra total del vestíbulo.

—Estaba rezando para que nada te ocurriera, querido.

Él había procurado no dejarle notar sus lesiones.

—¿Tuviste alguna dificultad?

—No, ninguna. Aún no he dicho nada a mamá. Ya la conoces. Papá no creo que tarde. Ven…

Le tomó la mano y lo condujo a la escalera y por ella arriba, ambos sin hacer ruido. El perfume a violetas llegaba a las narices de Roy, aliviándole todos los dolores.

Una vez dentro de la alcoba, la joven lo dejó solo y fue a cerrar las contraventanas. Luego encendió una pequeña lámpara de pantalla puesta sobre la mesita de noche.

Se había puesto una blusa y pantalones de corte masculino. Dilató mucho la mirada al descubrir el estado de Roy.

—¿Roy? ¿Qué te ha pasado?

—Tranquilízate. No es nada más que algunos cortes. Pero salvé la vida de milagro. Si hubieras estado dentro del coche, a estas horas te hallarías muerta en el fondo del barranco Magruder.

Le contó lo ocurrido, mientras ella le limpiaba con una toalla empapada con agua las heridas de la cara y se las curaba con cuidado sumo.

—Como ves, iba a por nosotros. No le importaba asesinarte. Y ahora como nunca tengo que dar con él y hacerle pagar lo que ha hecho.

—Tú no harás nada, Roy, sino quedarte aquí conmigo. Compete a la policía dar caza a ese asesino. Quítate la chaqueta y la camisa.

—No hace falta, Vicky. Yo…

—No seas tonto. Si tienes alguna otra lesión, hay que curártela.

Tenía dos fuertes contusiones, con anchos hematomas, y una larga despellejadura sobre el omoplato izquierdo. También otras lesiones de poca importancia en las piernas. Nada para lo que pudo ser.

Un automóvil se detuvo delante de la casa. Rápidamente, Virginia apagó la luz.

—No se verá nada desde fuera, pero por si acaso…

Esperaron en silencio, conteniendo hasta el aliento. Vicky murmuró:

—Es papá. Quédate aquí.

Harry Demmert venía preocupado. Al ver a su hija le dirigió una mirada inquisitiva.

—Vino a verme Clay y me contó lo de su plan. No me gustaba nada verte mezclada en esto, pero… ¿Cómo te encuentras?

—Bien, papá. Roy está arriba, en mi habitación. Ha estado a punto de morir.

Demmert escuchó atentamente su relato. Luego meneó la cabeza.

—Entonces, no cabe duda de que nuestro asesino no se para en barras. No saldréis de aquí ninguno de los dos, Vicky. No hemos de correr más riesgos.

—Roy no saldrá, papá. Pero yo sí.

—¿Tú? ¿A dónde?

—Tengo algo que decirle al *sheriff*. La matrícula del coche que nos perseguía y que atacó a Roy para matarlo.

—Para eso no precisas salir. Supongo que Clay habrá tomado sus medidas. Y es muy posible que el asesino ande rondando esta casa, para tratar de descubrir cómo le salieron las cuentas. Si te ve ir a la Jefatura puede sospechar que sabes más de lo que le conviene y actuar en consecuencia. Te quedas aquí. Yo iré a buscar a Clay.

Virginia encontró a Roy sentado y fumando en la oscuridad.

—¿Qué ha dicho tu padre?

—Irá él a informar al *sheriff*. Teme que el asesino ronde esta casa. Acuéstate, Roy. Lo necesitas.

—No tengo sueño.

—No es necesario que duermas, pero sí que descanses.

—¿Y tú? No puedo quitarte el lecho.

—Me acostaré en la habitación de huéspedes, descuida. Anda, obedéceme.

Se le acercó y le besó con ternura en la frente. Levantándose, él la cogió por los hombros con nerviosa fuerza y le buscó los labios…

CAPÍTULO IX

Las primeras luces del alba encontraron a Roy completamente desvelado luego de una noche pasada dándole vueltas a su situación.

Hubiera dado algo por conocer la marcha de las actividades pesquisidoras de la policía, por saberse definitivamente liberado de toda sospecha. De otro lado, sentía un rencor caliente contra el hombre que no vaciló en precipitarlo por el barranco creyendo que lo acompañaba Virginia.

Se levantó. Sentía todo el cuerpo envarado y le dolía cada músculo, cada hueso, cada nervio. Se puso la camisa y los pantalones, que tenían una buena desgarradura en la pernera derecha, se lavó la cara con el agua del jarro, empapando una toalla, y esperó. No podía hacer ruidos delatores de su presencia. Para la madre de Virginia y la criada él no había pasado allí la noche.

La puerta se abrió lentamente, dando paso a la joven. Venía ojerosa, pálida, pero tranquila. Traía una bandeja repleta de comida.

—He estado merodeando por la cocina antes de que se levantara Ramona —dijo, sonriéndole—. Tienes que tener hambre. ¿Cómo te encuentras?

—Nervioso. Y envarado.

—Todo se arreglará pronto, ya verás. Si quieres asearte te llevaré a mi baño. Yo me vestiré mientras.

—¿No habrá peligro de que tu madre o Ramona me descubran?

—Mamá aún tardará en levantarse. Y papá la entretendrá lo suficiente. Ramona comienza sus tareas en el piso bajo.

Cuando regresó a la alcoba, ya ella estaba vestida con un traje azul de amplia falda, lleno de motitas blancas y sujeto por un cinturón también forrado del mismo género. Había dispuesto el

desayuno sobre el tocador y le esperaba con una sonrisa cálida en los ojos. Bonita, serena, sencilla…

—Anda, ven a desayunar.

Había abierto las contraventanas y separado las cortinas. El sol mañanero, recién salido, penetraba a través de los cristales. Había un fuerte calor de intimidad en aquella escena, precursora de otras que podrían llegar si el presente peligro se conjuraba. Cuando él la pudiera llevar ante el juez para hacerla su esposa.

Virginia se sentó frente a él, para verle comer. Una hermosa muchacha de veinte años, toda claridad y dulzura. Una mujer para toda la vida…

—¿No vas a comer nada tú?

—Lo he traído para ti. Tal vez tengas que pasarte el día con muy poco más que eso. Cerraré la habitación cuando salga y le diré a Ramona que ya la hice, a fin de que no suba y te descubra. Imagínate lo que pensarían mamá y ella…

Rió en tono quedo, ruborizándose a la idea. Era una muchacha tan honesta como la primera, lo cual no obstaba para su turbación. Y verla así, oírla, sentirse amado, correspondido, oculto en su alcoba, resultaba tan grato como un fresco bálsamo sobre una vieja llaga.

Virginia debió adivinarle los pensamientos, porque aún se sonrojó más vivamente.

—No me mires así, por favor…

—Perdóname. No deseo ofenderte ni con el pensamiento.

La sonrisa de ella se hizo muy suave. Alargó una mano y le acarició la cara sin afeitar.

—Tus pensamientos ni nada tuyo pueden ofenderme, Hoy. Nunca. Es que me estoy sintiendo novia por primera vez y eso me provoca emociones nuevas, poderosas, a las que me tendré que acostumbrar.

No rehuía la mirada al hacerle aquella sencilla confesión, tan embarazosa en su esencia para una chica honesta y más en la situación que se encontraban. No era la insinuación retorcida y calculada de la mujer hábil en seducir a los hombres y acostumbrada a ellos, ni tampoco la gazmoña hipocresía de otras que husmean esconder en el artificio su experiencia para engañar a tontos. Virginia hablaba, obraba siempre, limpiamente. Lo había

acogido en su alcoba, estaban allí juntos y solos en la cálida intimidad de la mañana. Y sólo su mirada, su tono de voz, su actitud, bastaban a llenar el ambiente de pureza.

Rey pensó en Sadie. Thornton, su exmujer. Pensó en el modo cómo lo envenenó de malos deseos, cómo lo volvió loco. En sus primeros encuentros, en la noche de bodas… Había sido una habitación de un hotel de segundo orden, en Filadelfia. También entraba el sol, pero un sol turbio de otoño, entre neblina, por la ventana. Ella estaba tendida en el lecho, impúdica, segura de su poder, con la sonrisa perversa e insinuante, mirándole vestirse. Apenas si se molestó en taparse cuando entró la camarera con el desayuno.

Ahora estaría también tirada sobre su último lecho. Pero ya no habría en sus ojos aquella mirada. Tremendamente sola, un pedazo de carne ya pútrido muchísimo tiempo antes de que la muerte física llegara, cuando era cebo de maldad…

—¿Qué te sucede, Roy?

Se sacudió de encima con violencia el ingrato recuerdo. Estaba contaminando el ambiente, la pureza de aquella alcoba, con su presencia y con sus pensamientos. Y no podía, no debía ser. No sería.

—Nada —mintió—. Estaba pensando en lo de anoche.

Virginia supo que no le decía la verdad. Con ese sexto sentido de las enamoradas, adivinó que Roy había establecido mentalmente comparación entre el presente y el pasado, entre ella y la otra, entre su alcoba y la que compartió con Sadie Thornton. Pero se abstuvo de insistir.

—Anda, come y no pienses. Ya pasó. Encontrarán muy pronto al asesino. El «Buick» tuvo que abollarse algo al golpear tu coche. Eso lo delatará con toda seguridad.

—Salvo en el caso de que se trate de un coche robado. Ya he pensado en eso. El criminal es hábil, duro y sin conciencia. Ha matado dos veces, tres para su cuenta si Clay consigue engañarlo. Si descubre que falló, matará todas las que sea necesario para salvaguardarse. Voy a marcharme de aquí, Vicky. No puedo ni quiero exponerte a tanto peligro.

—Tú no saldrás de aquí. Es imposible que el asesino sepa que estás escondido en nuestra casa. Ignoro lo que habrá sucedido

anoche, porque papá se fue derecho a la cama y no me atreví a detenerlo, pues mamá estaba despierta. Pero estoy segura de que el *sheriff* no pierde su tiempo. Verás cómo no tarda en venir con noticias.

Roy se resignó, tanto más que no sabía a dónde encaminar sus pasos. Estaba completamente a ciegas y no serviría sino de estorbo a la labor policial decidiéndose a actuar por su cuenta. Por otra parte, le resultaba demasiado grata la constante compañía de Virginia.

—Está bien, tú ganas. Me quedaré tranquilo.

Ella le pagó con un beso la sumisión. Luego se puso a levantar la cama y orearla. Finalmente se le acercó y le paso las manos sobre los hombros.

—Ahora, quédate quietecito aquí. Tienes libros y revistas para no aburrirte demasiado. En cuanto tenga noticias te las traeré.

No había hecho sino llegar a la escalera, cuando se tropezó con su padre, que subía. Harry Demmert ya estaba vestido y afeitado.

—¿Has hablado con Roy?

—Sí. Está muy nervioso. ¿Qué tienes que decirme? ¿Encontrarás el «Buick»?

—Aún no. Están registrando todos los garajes de la ciudad. Clay juega fuerte. Se presentó sangrando de un buen chichón en su oficina y dijo que Roy le había hecho salir a punta de pistola de su coche, golpeándolo y dejándolo insensible en un solar de la calle Novena. Dio órdenes de buscarlo por todos lados, hasta las fronteras del Estado. Entonces llegó allí la noticia del accidente en el barranco Magruder. Se fue allí enseguida, reconoció el terreno y se las arregló para salirse con la suya. Toda la Prensa de la mañana va a traer la noticia de que Roy es sospechoso del asesinato de su exmujer y el último marido de ella y de atentado contra el *sheriff* cuando lo llevaba a su oficina para interrogarlo. Es más, anunciarán que durante su fuga perdió la dirección y fue a despeñarse por el barranco Magruder, quedando muy malherido, y que lo tienen bajo estrecha vigilancia en una habitación del hospital. Han llevado allí a un policía convenientemente «camuflado».

—¿Y respecto a mí?

—Clay ha preferido no mencionarte, de momento. Debo decírtelo, Vicky. Te ha escogido como cebo, por si la pista del

«Buick» falla.

—¿Qué quieres decir?

—El asesino parece ser que te vio subir al coche con Roy y el *sheriff*. Si los periódicos no hablan de ti, es que no estabas dentro del mismo cuando se despeñó. Y eso significa que Roy te dejó libre en cualquier sitio, dentro de la ciudad… Aquí está el *sheriff*.

Así era. Habían llamado al timbre y el propio Clay llegó, con una venda en la cabeza, acompañado por un agente de uniforme. Otro se había quedado en la entrada del jardín.

Clay no perdió su tiempo.

—La situación evoluciona muy aprisa. Hemos encontrado el «Buick» negro. Pertenece a un acaudalado vecino de Los Ángeles que se encuentra de paso en Las Vegas junto con su mujer y estaba anoche jugándose el dinero en el «Seven Palms». Lo había dejado delante de la puerta y no cabe duda de que el asesino lo utilizó adrede, para seguirnos y luego tratar de liquidar a Roy.

—¿Entonces…?

—Ese hombre ha cometido algunos errores de cálculo. Calculaba que tú ibas dentro de mi coche y que te matarías junto con Roy. Calculaba que eso terminaría el asunto. Contaba con una total impunidad en este último crimen, aun en el caso de que sospecháramos cómo había ocurrido el «accidente». Pero ahora le hemos hecho creer que Roy está aún vivo y nada decimos de ti. No puede saber lo que tú sabes. Si está al acecho, como supongo, tratará de averiguarlo. Ahora dime hasta qué punto estás dispuesta a arriesgarte en este negocio, Vicky.

La muchacha se tomó apenas medio minuto para reflexionar.

—Dígame qué debo hacer, señor Clay.

—Ajá. No esperaba que te hicieras atrás. Bien, pues lo único que tienes que hacer es tu vida normal. ¿Sabes manejar una pistola?

—Supongo que sí.

—Llevarás una en tu bolso. Si no me equivoco, nuestro hombre tratará de eliminarte de un modo silencioso, pero antes intentará saber lo que nos has contado, lo que conoces. Obrará muy aprisa, porque no puede perder tiempo. De modo que debes estar preparada en cuanto se inicie la acción. Voy a procurar que siempre tengas cerca a un policía, por más que no puedo garantizarte una seguridad absoluta. ¿Cómo está Roy?

—Bien. Sólo tuvo unos cortes y contusiones. Está arriba, oculto en mi Habitación.

—Que continúe ahí. Y no le digáis nada, porque es capaz de echarlo todo a rodar. Toma, te traje esto. Ten cuidado, aunque lleva puesto el seguro. Para disparar sólo tienes que levantarlo y apretar el gatillo. No te pongas nerviosa ni lo uses hasta el último momento.

—Pierda cuidado.

—Ya lo sabes, muy sobre aviso. Bien, yo me marcho. Creo que con tu ayuda no tardaremos en atrapar a ese hombre.

Al quedar solos de nuevo padre e hija, Demmert apoyó su mano sobre el hombro de la muchacha, mirándola fijo.

—Te vas a jugar la vida, Vicky.

—Lo sé, papá. Pero no me importa, si consigo librar a Roy de toda acusación.

—¡Hum…! Mucho le quieres…

—Mucho.

La señora Demmert apareció en lo alto de la escalera, anudándose el cinturón de la bata y con el cabello lleno de rizadores.

—¿Qué sucede? ¿Quién ha venido?

Apretando fuerte el brazo de su hija, Demmert le contestó:

—Era el *sheriff*. Y ha venido a traernos una mala noticia. Al parecer, es cierto que Roy mató a su exesposa. Anoche golpeó a Clay cuando lo llevaba a interrogar, se escapó con su coche y se despeñó en una curva sobre el barranco Magruder.

—¡Dios mío! Vicky, hijita…

Vicky no sabía mentir ni fingir. Pero ahora se tapó la cara con las manos y escapó hacia el *living*, temerosa de que su madre lo advirtiera. Una vez allí se tumbó en una butaca, haciendo esfuerzos para no llorar. Pudo oír la voz grave y calmosa de su padre deteniendo a su madre.

—Déjala ahora. Ha sido un golpe muy rudo para ella…

CAPÍTULO X

Cuando lo consideró conveniente y razonable, Virginia se reunió con sus padres y escuchó en silencio las condolencias maternales, mientras procuraba adoptar una actitud de acuerdo con el estado de ánimo que se le suponía. Finalmente dijo que pensaba encerrarse en su habitación y que no la molestaran para nada.

Así consiguió un par de horas a solas con Roy, al que sólo contó aquello que podía tranquilizarle.

—Ahora yo voy a marchar a la calle. El *sheriff* y papá están de acuerdo en que debo hacer una vida normal.

—No debes salir. Son muchos los que conocen nuestra relación y te acosarán a preguntas…

—Sabré quitármelos de encima, descuida.

Pero Roy no parecía muy convencido.

—Corres peligro. Si el criminal, que te vio subir con nosotros al coche, te ve ahora por la calle, atará cabos y…

—No se atreverá a acercárseme, en ese supuesto. Ignora todo o casi todo sobre nuestra relación, a buen seguro. Pensará que te desembarazaste de mí en cualquier momento, para que no me convirtiera en un estorbo.

—¿Y si piensa que eres un estorbo para él? Es mejor que te quedes en casa.

—Está bien, te lo prometo. Pero tú ten mucho cuidado con no hacer ruido. Mamá y Ramona te creen bajo vigilancia en el hospital…

Luego desvió la conversación a otros derroteros, a fin de quitarle preocupaciones de la cabeza. No temía que recelara la verdad.

Lo dejó a las diez de la mañana. Y tras calmar a su madre, que la creía abatida por la terrible noticia, abandonó la casa, encaminándose al centro. Estaba preparada para todo y en el bolso llevaba la pistolita que le entregó al *sheriff*.

Su situación no podía ser más peligrosa. Un asesino andaba suelto por la ciudad, conocía su intervención en los sucesos de la noche antes y podía pensar que ella estaba al tanto de muchas cosas que lo podían llevar, a la cámara de gas. De entre los miles y miles de hombres y mujeres que había en la ciudad, cualquiera podía ser…

Tuvo que resistir la conversación de algunas mujeres conocidas, todas las cuales estaban llenas de curiosidad, pero no sabían sino lo publicado en los periódicos. Resultó que Clay había sido muy discreto en sus noticias a la Prensa. La oficina del *sheriff* se limitaba a anunciar a los ciudadanos que el presunto asesino de los esposos Billiken había sido capturado malherido a consecuencia de un accidente de automóvil cuando huía del propio *sheriff*, tras golpear a éste y dejarle sin sentido en un solar. Se daban muchos detalles de la captura, pero se callaba el nombre de Roy, diciéndose sólo que era un empleado de uno de los grandes casinos. Una información muy bien estudiada para dejar en vilo muchas cosas.

Durante un par de horas, la muchacha deambuló por el centro sin tener encuentros dignos de mención. Varias veces se le acercaron gentes sospechosas, pero en ningún caso ocurrió nada.

En el «Seven Palms» todo aparecía normal. Sin embargo, entre los empleados había una contenida tensión. El portero la saludó mirándola con fijeza. Y el secretario de su padre se permitió incluso hablar del asunto.

—Es verdaderamente terrible, señorita Demmert.

—¿Terrible, el qué, Gibson?

—¡Ejem! Pues… lo de Roy Douglas, claro…

—No he visto por ningún lado su nombre escrito como el del asesino, Gibson. ¿Acaso usted está mejor informado?

El secretario se batió en retirada.

—Su padre tiene una visita. Si quiere esperar…

—¿De quién se trata?

—El señor Meredith…

Bruno Meredith era uno de los más fuertes accionistas del «Seven Palms». Un hombre que bien valía diez millones. Tenía cuarenta años, se había divorciado un par de veces y vivía en lujosa residencia de las afueras. Entre otras cosas, era pretendiente de Virginia.

Estuvo en un tris de no entrar. No le gustaba poco ni mucho Meredith. En tiempos, él había estado metido en negocios turbios. Últimamente consiguió crearse una reputación más clara. Era un hombre frío, metódico, que no dejaba nada al azar. Con ella se portaba magníficamente, desde luego…

Él y su padre fumaban y charlaban en torno a la mesa. Meredith se levantó rápidamente al verla entrar y le salió al encuentro con una ancha sonrisa.

—Hola, Vicky. Estás encantadora esta mañana.

—Gracias. Buenos días. Hola, papá.

—Hola, Vicky. ¿Ocurre algo?

—Me quedé sin dinero haciendo unas compras. ¿Puedes prestarme un poco?

—No faltaba más…

Los ojos duros de Meredith no se apartaban de ella, le hablo suave.

—No pareces muy afectada por lo sucedido…

Ella lo encaró, con naturalidad. Meredith vestía como un «*dandy*», era un hombre sumamente fornido y su rostro semejaba de boxeador.

—¿Afectada, por qué?

—Pues por lo que se comenta hoy en la ciudad. La doble «hazaña» de tu amigo Douglas. Precisamente hablaba de eso con tu padre.

—Estoy afectada, y mucho, por lo que respecta a su estado, si es cierto que se halla malherido. En cuanto a esas «hazañas» a que se refiere y que supongo son los asesinatos de esa pareja de forasteros, permítame decirle, señor Meredith, que no creo a Roy Douglas culpable. Y las mismas autoridades no parecen estar tampoco muy seguras, cuando se abstienen de nombrarlo específicamente en su comunicado a la Prensa.

Había hablado con gran firmeza, tanta que Meredith pareció impresionarse.

—Caramba, Vicky. Hablas como si fueras su abogado defensor.

—Soy algo más que eso. Soy su novia.

Meredith entrecerró los ojos. Demmert no perdía detalle.

—¿Su novia? ¿Desde cuándo?

—Desde anoche. Roy estaba en un serio apuro y era entonces

cuando había que ayudarle. Yo lo hice dándole la seguridad de mi amor y mi fe en él.

Su clara y concreta declaración quedó flotando en el silencio del despacho. Meredith se volvió a Demmert e inquirió, con una nota casi agresiva en la voz:

—¿Qué dice usted a eso, Demmert?

—Que mi hija tiene muy firme y despejada la cabeza, Meredith. Y que no me considero autorizado, por el momento, a interponer mi veto a ese noviazgo.

Indudablemente, a Meredith no le estaba haciendo ninguna gracia la cosa.

—A mí me parece, en cambio, que ni ella es tan sensata como parecía, ni tampoco usted, Demmert. No caben muchas dudas acerca de la culpabilidad de Douglas. Huyó en el automóvil del *sheriff* después de golpearlo en la cabeza, ¿no?

—Eso parece.

—Y no me dirán que se trata de la conducta de un inocente. Usted siempre ha tratado muy bien a Douglas. Le facilitó su empleo en el «Seven Palms» y luego lo ascendió. Ahora no se opone a que su hija ennovie con él. ¿Sabe lo que pensará la gente cuando se entere?

—La gente y sus opiniones me tienen sin cuidado, Meredith. Y a mi hija también.

—¡Pero no a mí! Ni a los demás accionistas del casino. Puede costarle el puesto y, desde luego, la completa descalificación social. Una persona sensata de veras meditaría mucho antes de mantener una conducta como la de ustedes dos.

—¿Es una amenaza, Meredith?

—Tómelo como quiera. Tengo el quinto de las acciones del «Seven Palms». Y tampoco a Groves, a Rosenberg y a Henley les va a agradar su actitud. Entre los cuatro representantes el setenta y dos por ciento de las acciones sociales. Usted tiene sólo el cinco. Y los demás pequeños accionistas no van a unírsele, precisamente.

Virginia habló con fría calma:

—¿Y todo eso porque me he enamorado de un hombre y me niego a considerarlo culpable, señor Meredith?

Él la miró con enojo.

—Todo eso porque un antiguo delincuente que con toda

probabilidad es un doble asesino no puede en modo alguno ser el yerno del gerente de este casino, Vicky. Ni tú podrás casarte con él y esperar que se te reciba cordialmente en los lugares donde hasta hoy has tenido libre entrada.

—Si mal no recuerdo, señor Meredith, en sus tiempos fue también un delincuente, ¿verdad?

La cara del millonario se congestionó. Miró a Demmert con furia.

—¿Se lo ha contado usted, Demmert?

Impasible, Demmert asintió:

—No tengo secretos para mi mujer ni para mi hija, Meredith. Son muy reservadas y me consta que saben guardarlos.

El millonario había recuperado su fría y dura expresión. Se puso en pie con violencia y los afrontó.

—Lo tendré muy en cuenta. Vayan con cuidado los dos.

—Hagámoslo todos, Meredith —dijo blandamente Demmert—. Cuando se tiene el tejado de vidrio no conviene andar tirando piedras a lo alto.

Meredith pareció ir a contestarle algo poco académico. Pero se contuvo, giró y salió sin más que un seco «adiós».

Al quedar solos padre e hija, Virginia fue a sentarse en otra butaca. Su padre aguardó sin quitarle ojo. Luego inquirió:

—¿Alguna novedad?

—Nada, por ahora. Cuatro o cinco personas que de momento me parecieron sospechosas resultaron no serlo.

—¿Cómo te sientes?

—Enervada, Es una experiencia terrible. A cada instante temo oír un disparo o sentirme atacada por la espalda.

—Puedes dejarlo enseguida y resguardarte en casa.

—No. Seguiré adelante. Tenemos que exculpar a Roy pronta y completamente, encontrando al verdadero asesino. Ya has oído a Meredith.

—Sí. Pero es que tú lo has aguijoneado con tu declaración. ¿Por qué lo has hecho?

—Es parte del plan, ¿no? En potencia, Meredith puede ser el hombre que buscamos. ¿Qué te estaba diciendo de Roy?

—No gran cosa, hasta que llegaste. Simplemente me indicó la conveniencia de eliminarlo de nuestra nómina. Alguien de la oficina

del *sheriff* ha debido contarle lo de que estuvo casado con Sadie Thornton.

—¿Estás seguro de que fue allí?

—¿Qué tratas de insinuarme, Vicky?

—Pienso que Meredith fue un delincuente en sus tiempos. Hace muchos años, según me dijiste, que se retiró para dedicarse a negocios honrados. Pero precisamente por eso resultaría muy vulnerable a un chantaje si alguien, tras haber descubierto algo sucio en su pasado que pudiera perjudicarlo mucho, hubiese venido a hacerse pagar caro su silencio.

Demmert fumó despacio, mirando a su hija fijamente.

—¿Sabes que es una posibilidad?

—Lo sé. Lo advertí al verle aquí y en su reacción. Es un hombre muy fuerte, lo bastante para estrangular a una mujer con una media a pesar de su resistencia. El hombre que conducía el «Buick» era fornido. Tiene mucho que perder y es capaz de matar. Es inteligente y astuto. Odia a Roy porque es mi favorito…

—Pero si te quiere, y creo que sí, ¿cómo iba a matarte anoche? Sabía que estabas dentro del automóvil con Roy. Te vio subir a él y no bajar.

—Eso pensábamos. Pudo no verme, pero sospechar la verdad al descubrir el acortamiento de distancias. Quizá sonsacó a Sadie Thornton antes de matarla, su conexión con Roy. O a Billiken. Por eso llevó a este junto al garaje de Roy, para obligar a la policía a que fijara su atención en él. Voy a hacer una cosa, papá. Voy a contarle al *sheriff* mis sospechas inmediatamente.

—¡Hum! Bueno… Pero no te excedas. Meredith es muy mal enemigo. Y le acabas de pisar un callo que le duele.

—Pierde cuidado. Hasta luego. Te veré en casa a la hora de almorzar.

Le dio un beso y salió. Demmert quedó con el ceño fruncido. Luego tomó un teléfono y se puso a hablar.

—Joe, mi hija sale ahora del casino. Síguela a distancia y procura pasar inadvertido. Que Bud y Sparlis se releven contigo. Si advertís algo raro, ya sabes. A Vicky no debe de ocurrirle nada, ¿comprendido?

Luego colgó e hizo otra llamada.

—Que venga Fel inmediatamente.

Dos minutos más tarde entró en el despacho un individuo de media edad y estatura, correctamente vestido y de inocuo aspecto, salvo los ojos, tan brillantes como los de un hurón.

—Hola —saludó—. Aquí me tiene.

Abriendo una caja de cigarros, Demmert se la alargó.

—Toma uno. Fel, tengo un trabajo inmediato para ti, Algo que requiere mucha habilidad…

Siguió hablando, y el hombre de los ojos de hurón escuchó atentamente mientras encendía y chupaba su cigarro. Al cabo de diez minutos, Demmert terminó.

—Ya dije todo. Conviene que pongas enseguida manos a la obra.

Con una mueca de asentimiento, su interlocutor se levantó y salió del despacho.

De nuevo solo, Demmert se retrepó en su sillón y quedó fumando con gesto reconcentrado…

CAPÍTULO XI

Virginia abandonó el despacho de su padre dándoles vueltas en la mente a sus pensamientos. Cuando atravesaba hacia la salida se vio detenida por uno de los empleados, que la abordó con gesto serio y cordial.

—Hola, señorita Demmert. ¿Qué hay de cierto en eso de Roy Douglas? ¿Es verdad que ha matado a esa mujer…?

—Yo no lo creo así, Parker. Ni mi padre. Otra cosa lo puedo decirle.

—La verdad es que también se me sube cuesta arriba creerlo…

Así debían estar pensando muchos. Pero otros muchos sí lo creerían sin más. Tenía que poner de su parte todo para librar cuanto antes de sospechas al hombre que amaba…

Al salir del casino, se detuvo a mirar recelosa arriba abajo de la calle. Y al ver llegar a un taxi que depositó a dos mujeres en la acera, se apresuró a tomarlo, ordenando al conductor:

—A la oficina del *sheriff*.

El taxista la miró de reojo, asintió y puso el coche en marcha. Mirando atrás, la joven descubrió cómo un automóvil gris, que había estado aparcado en la acera, opuesta, se movía cruzando la calle al tiempo que del casino salían dos hombres a quienes ella conocía, yendo a meterse en otro coche. Poco después, el automóvil gris se paraba junto a la acera opuesta y al mismo subía un hombre que estaba parado allí.

La joven respiró hondo. Su padre había enviado a hombres de su confianza a vigilarla. La policía también la estaba vigilando de cerca. ¿Dónde estaría acechándola el asesino? ¿Sería Bruno Meredith?

El millonario había intentado últimamente convencerla para que se convirtiera en su tercera esposa. Era un hombre duro y violento, muy capaz de matar. Pero también era muy conocido en la ciudad.

No pudo entrar en el «Dixie» y pasar inadvertido.

Llegó sin novedad a la oficina del *sheriff*, pagó la carrera y se apeó, mirando hacia atrás. El coche gris se estaba deteniendo a cincuenta pasos. El que conducía a los hombres de su padre se desvió hacia la otra acera, pasó de largo y se detuvo un poco más allá.

Sonriendo levemente, entró y preguntó por el *sheriff*. Poco después estaba frente a él y a solas.

—Bien, Vicky. ¿Cómo va eso?

—Por ahora no me puedo quejar, aunque mis nervios están de punta. Me siento como una heroína de novela.

—Eres una heroína de novela policíaca. Y una brava muchacha. Otra ya tendría los nervios deshechos. ¿No has observado nada raro?

—No.

—Pues estás siendo vigilada.

—Eso ya lo sé. He visto…

—No me refiero a eso. Te está vigilando el asesino. O los asesinos, porque parece haber más de uno.

Virginia tragó aire con fuerza, mientras sentía un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Está seguro?

—Del todo. Mi plan va dando resultados. Y sospecho que tenemos entre manos un asunto bastante gordo. Bien, ¿tenías algo que decirme?

Asintiendo, la muchacha le contó lo ocurrido en el despacho de su padre y sus sospechas contra Meredith. El *sheriff* asintió.

—Bien razonado. Pero Meredith está fuera de sospecha en lo tocante al asesinato de la mujer. Desde antes de las siete hasta las ocho y media estuvo en una reunión amistosa en casa de los Beckman. La autopsia ha concretado que la mujer fue muerta alrededor de las ocho, no antes de las siete y media ni después de las ocho y media.

—Entonces, eso lo descarta…

—No del todo. Hay muchos puntos oscuros en este enredo endiablado, Vicky. Y Meredith es uno de ellos, tiene mucho dinero ahora y hace muchos años que lleva a vida decente. Pero hace quince años, un inspector policía fue asesinado cuando estaba a

punto de conseguir las pruebas contra un grupo de contrabandistas en Miami. Entonces Meredith se libró de una acusación de asesinato, mediante una coartada muy buena, y otro amigo habían estado con dos mujeres en un reservado de hotel a la hora en que mataron al inspector. Eso fue durante la guerra. Al amigo lo mataron en el frente poco después. Era un mal bicho y los japoneses nos hicieron un favor. De las dos mujeres, una murió también más tarde, de forma poco clara, en Nueva York. La otra desapareció.

Virginia se lo quedó mirando fijo, cuando hizo una pausa efectista.

—¿Era…?

—Sadie Thornton, sí. Por entonces amiga de Meredith.

—¡Pues ya no cabe duda…!

—Al contrario. Una vez más Meredith tiene una excelente coartada. Desde la media tarde de ayer hasta pasada la media noche estuvo siempre en sitios concurridos y acompañado. Un centenar de personas atestiguarán eso si lo detengo y tiene que comparecer ante el juez. Literalmente, no pudo matar a Sadie Thornton ni a Billiken. Hay más. Está asustado, aunque procura disimularlo. Ha venido a hacerme una visita con un pretexto torpe. Dijo que, como propietario del «Dixie» que es, le preocupaban las consecuencias económicas del crimen. Trató de sonsacarme. No imagina que haya recibido un informe muy completo de la vida y milagros de Sadie Thornton y que en él aparece ese viejo asunto.

—Entonces, ¿usted cree…?

—Creo que la Thornton y su marido vinieron a ordeñar la vaca. Ella podía llevar a la silla eléctrica a Meredith con su declaración, porque el crimen contra un agente de la policía en acto se servicio no prescribe. Inesperadamente, la Thornton se tropezó con Roy, al que juraría que no sospechaba aquí. Ella, lógicamente, tenía que guardarle rencor por los dos tiros. Y se propuso ordeñar dos vacas, eso es todo. Y aquí me estrello.

—¿Se estrella?

—Roy no la mató. Meredith no pudo tampoco hacerlo por sí mismo; y no es de la clase de hombres que confiarían a otro tal tarea, puesto que sería simplemente cambiar la dirección del peligro y aumentarlo. Fue otro el asesino. Mató a Sadie y a su marido, trató de liquidar a Roy tras dirigir hacia él las sospechas. ¿Por qué?

¿Quién es? ¿Dónde está ahora? Daría un ojo por poderme contestar a estas preguntas, Vicky. Y estoy por no dejarte seguir sirviendo de cebo. Esto se ha puesto demasiado feo.

Cuando la muchacha salió a la calle de nuevo iba rumiando las revelaciones del *sheriff*. Su propio peligro no la preocupaba ahora tanto como el que, sin lugar a dudas, estaba corriendo Roy Douglas. Si el asesino descubría la artimaña…

No la sorprendió ver a Bruno Meredith dentro de su lujoso descapotable, al borde de la acera y pareciendo esperarla. Puesta instantáneamente en guardia, siguió adelante con paso natural.

Él salió del vehículo y la detuvo.

—Quisiera hablar contigo, Vicky.

—Llevo prisa.

—Por favor. No seas rencorosa.

—Está bien…

—Sube. Iremos a tomar algo a donde quieras.

La muchacha vaciló sólo un momento. Luego aceptó entrar en el vehículo. Meredith se sentó a su lado y puso el poderoso automóvil en marcha. Ella miró sus manos fuertes, velludas, rudas. Manos muy capaces de estrangular… que probablemente habían matado en otros tiempos.

—Estoy muy disgustado por nuestra disputa de antes, Vicky —evidentemente, él trataba de echar tierra a la cuestión. Y también de confiarla—. La culpa ha sido mía, por expresar mis opiniones sobre tu amigo Douglas con excesiva crudeza. Pero es que me soliviantó eso que dijiste de que eras su novia. Fue una broma, ¿verdad?

—Es completamente cierto.

Las grandes manos se crisparon sobre el volante. Él la miró con enojo prestamente reprimido.

—Es una locura, Vicky, compréndelo. Todo lo acusa, nadie sino él puede ser.

—No hay pruebas.

—Ha huido tras golpear al *sheriff*…

—Vengo de hablar con el *sheriff*. Afirma estar seguro de que Roy perdió la serenidad al verse acusado…

—Porque es culpable.

—Porque tiene antecedentes. Usted sabe lo que ocurre con las

personas que los tienen, ¿verdad? Son los sospechosos ideales.

—Oye, Vicky; no hay nada de cierto en lo tocante a esos chismes a que te refieres. Es verdad que hace muchos años realicé un poco de contrabando, pero la cosa se terminó enseguida. Y nunca estuve fichado por la policía. Además, es cosa vieja…

—Como lo que hizo Roy Douglas.

—No seas testaruda. Hay una gran diferencia entre nosotros dos.

—Claro que sí. Unos cuantos millones a favor de usted.

—Esos millones podrías compartirlos si quisieras; lo sabes. Di una sola palabra muy fácil y te convertirás en mi esposa.

—Con lo cual ya no podré testificar contra usted en juicio, ¿verdad?

El millonario frenó casi en seco, volviéndose a mirarla con la cara pétrea y los ojos llenos de dureza y tensión.

—¿Qué has dicho? ¿Por qué habrías de testificar contra mí?

Tranquila en apariencia, aun cuando mucho menos en la realidad, Virginia le repuso otra pregunta.

—¿Por qué habría de testificar contra usted esa mujer muerta en el «Dixie»? Nunca se habían visto, ¿verdad?

Meredith respiró hondo. Luego volvió a poner el coche en marcha.

—A veces, Vicky, las mujeres decís y cometéis enormes tonterías —gruñó, sin mirarla—. Claro que nunca he visto a esa desgraciada, ni antes ni después de morir. Y ya que te pones en plan detectivesco, te diré que ayer estuve toda la tarde con unos y otros amigos. Es cosa que puedes averiguar fácilmente. Tendrás que resignarte a ver a tu Roy Douglas convicto y confeso de doble asesinato. Y puede que entonces te muestres más razonable conmigo.

—Cuando Roy confiese su culpa en esos dos crímenes, Meredith, le doy mi palabra de que me convertiré en su tercera mujer.

Él la miró de reojo, como preguntándose hasta dónde llegaba en su intención. Pero no consiguió sino tropezar con su limpia y firme mirada.

—Te tomo la palabra, Vicky. No te vuelvas atrás.

—Nunca lo hago.

—En tal caso, voy a adquirir el anillo hoy mismo.

—No se precipite demasiado. Aún no confesó.

—Lo hará en cuanto pueda soltar la lengua. Me han asegurado que está bastante estropeado por el accidenta y que incluso puede ahorrar gas al Estado no levantándose ya de la cama. ¿Te parece que paremos aquí?

Virginia miró al local que se le indicaba, uno de los más caros y lujosos de la ciudad. Se encogió de hombros.

—Me da lo mismo.

Cinco minutos después se excusaba con el millonario y se encaminaba a los lavabos. Uno de los hombres del «Seven Palms» estaba bebiendo en el bar. Algo más allá, otro hombre examinaba atentamente unos folletos propagandísticos. Los dos la siguieron con la vista…

Estaba bien protegida. Y Meredith no se atrevería a atacarla. Ahora sentía una fuerte corazonada diciéndole que el millonario era la clave del misterio. No sería el asesino, pero conocía su identidad. Probablemente armó su mano, a despecho de lo que opinaba el *sheriff*…

Se metió en una de las cabinas, cerrándola, tomó el teléfono y comunicó con el despacho de su padre.

—Tengo mucho que contarte, papá. He estado en la oficina del *sheriff* y al salir me tropecé a Meredith, que me invitó…

Hizo un rápido resumen de lo ocurrido. Y estaba haciéndolo cuando alguien abrió la puerta de la cabina y algo chocó contra la pared a la altura de su cabeza. Algo como una ampolla de vidrio…

La premonición de súbito peligro la hizo volverse al tiempo que se rompía la ampolla. Sólo vio una mano de hombre, una manga de chaqueta. Y al instante la puerta se volvió a cerrar.

Al mismo tiempo la invadió una sensación de ahogo dulzón. Un olor a almendras amargas llenó su cabeza. De manera inconsciente empujó la puerta. No cedía. Con el último gesto consciente de autodefensa, golpeó el cristal de la parte alta de la puerta tan fuerte cómo pudo, con el hombro. El cristal se rompió con estrépito, Y fue lo último que oyó.

CAPÍTULO XII

Recuperó el conocimiento para verse en una cama de hospital. A su lado se encontraban su padre y el *sheriff*, a más de un par de médicos y una enfermera. Su padre la interpeló con ansiedad.

—¿Cómo te encuentras, Vicky?

—Mal. Siento náuseas… ¿Qué pasó? Aquella mano…

—Te has salvado de milagro —dijo el *sheriff*—. Gracias a tú presencia de ánimo. ¿Viste a tu agresor?

—Sólo una mano con vello oscuro y un trozo de manga de chaqueta. Estaba hablando con papá y sentí que abrían la cabina al tiempo que sonaba un chasquido junto a mi cara…

—Te tiraron una ampolla de cianuro volátil. Más que suficiente para matarte con sólo que lo respiraras treinta segundos. Por fortuna, rompiste el cristal de la cachina, dando entrada al aire y alarmando con el ruido a las personas que estaban más cerca, que abrieron y te sacaron antes de que tu estancia en la cabina resultara mortal.

—No conviene hacerla hablar ahora mucho, *sheriff* —terció uno de los médicos—. Necesita reposo.

Necesitaba reposo… Había estado a punto de morir. Un asesino diabólicamente audaz estuvo a punto de eliminarla, envenenándola.

El *sheriff* pareció leerle los pensamientos.

—Vicky, has hecho una gran labor y nos has ayudado más de lo que crees, arriesgando tu vida. Ahora vas a descansar aquí. Tendrás una enfermera a tu lado y un agente de guardia delante de la puerta. No creo que el asesino repita su intentona por ahora. Ha cometido un nuevo error y eso demuestra que perdió los estribos. Hasta luego. ¿Vienes, Harry?

—Sí. Tu madre llegará de un momento a otro, Vicky. Yo tengo mucho que hacer ahora.

Cuando se inclinaba sobre ella para besarla, se abrió la puerta,

dando paso a la señora Demmert, que venía desolada y llenó la estancia con sus lamentaciones. Su marido la frenó, cariñoso, pero severo.

—Calma esos nervios. Sólo ha sido un desvanecimiento pasajero sin mayor importancia. Quédate con Vicky y no la marees. Yo debo irme con el *sheriff*.

—Pero ¿qué ha sucedido? ¿No pueden decirme la verdad?

—Un asesino anda suelto por la ciudad, Louise. Un tipo sumamente peligroso. Y no es Roy Douglas. Bástate con eso. Vamos, George.

Salieron los dos hombres y el médico de más edad reiteró a la madre de Vicky su consejo de mantener la serenidad, reiterándole asimismo que su hija estaba fuera de peligro. Aun así, hubo que contarle con detalles lo ocurrido.

—Uso te ocurre por ir con ese Rey Douglas a quien Dios confunda…

—No digas eso, mamá. Roy es tan inocente como yo de lo que está ocurriendo. Y una víctima de los acontecimientos, no causante. Además, va a ser tu yerno.

—Si se salva, ¿no? No me dirás que lo que hizo, golpeando al *sheriff* y huyendo en su coche, es de inocentes.

—Tú qué sabes, mamá…

—Ya está bien. Basta de charla —intervino el médico—. A ver, alargue el brazo. Vamos a inyectarle…

Bruno Meredith estaba en el vestíbulo del hospital, con gesto hosco y nervioso. Con él se hallaban un agente de paisano, otro de uniforme, el empleado del «Seven Palms» llamado Joe y el hombre de la policía que estaba viendo folletos en el bar del local donde ocurriera el intento de asesinato.

Al ver llegar al *sheriff* y a Demmert, el millonario se abalanzó hacia ellos.

—¿Cómo está?

—Muy mal. Tal vez no se salve —la voz de Demmert era dura y su expresión la adecuada a un padre que ve a su hija en peligro de muerte—. Los médicos están haciendo cuánto pueden, pero…

—¡Es horrible…! Me dejó para ir al tocador y no supe nada hasta que se armó el revuelo. ¿Por qué tendrían que tratar de asesinarla?

—De eso vamos a hablar largo y tendido. Meredith —tampoco el *sheriff* tenía una expresión muy amistosa—. Ahora va a acompañarme a mi oficina.

Meredith se tensó y en su rostro aparecieron el recelo, la inquietud…

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué demonios se propone, Clay?

—Ya se lo he dicho. Hablar de este feo asunto.

—¡No tengo nada que ver con él! ¿Qué clase de estupidez es ésta? Me encontraba sentado esperando a Vicky cuando sucedió, hay un montón de testigos. ¿Por qué tendría yo que querer asesinarla, idiota? Estaba, precisamente, proponiéndole matrimonio. Y si usted, Demmert, ha ido con chismes malintencionados…

—Se está poniendo nervioso, Meredith —le contestó seco Demmert—. Y eso no es bueno.

—¡Váyase al diablo! Yo soy alguien en la comunidad. Tango influencias. Les costará cara esta estupidez…

—¿Cómo se llamaban las dos mujeres que declararon a su favor procurándole una hermosa coartada cuando el asesinato del inspector Keyes en Miami hace ahora quince años? Seguro que las recordará.

Clay había hablado en tono frío y suave. Meredith palideció visiblemente, se mojó los labios y se tomó tiempo para contestar. Lo hizo con voz ronca.

—¿Qué… qué demonios trata de insinuar?

—No insinúo nada. Una de las mujeres se llamaba Sadie Thornton, ¿verdad?

Meredith daba la impresión ahora de un jabalí acorralado.

—No… No me acuerdo… —jadeó—. ¡Y no me cargará ese crimen, Clay! ¡Yo estaba…!

—En un lugar muy concurrido, ya lo sé. Como cuando mataron a Billiken. Como ahora, al ocurrir el intento de asesinato de Vicky Demmert. Como anoche, cuando alguien precipitó con un coche al mío y a Roy Douglas por el barranco Magruder. Como hace quince años, cuando el inspector Keyes, a punto de tirar de la manta en un gran asunto de contrabando, fue asesinado a tiros por la espalda. Usted siempre consigue excelentes coartadas, Meredith. Pero son demasiados muertos a su alrededor. Sadie Thornton era su amiga

hace quince años y juró en el tribunal a su favor. Anoche la estrangularon. ¿Por qué? Su marido debía conocer algo que ella le comunicó, tal vez porque no se sentía muy segura de su antiguo amigo. Y lo mataron de un balazo. Roy Douglas estuvo hace años casado con la Thornton. Primero trataron de convertirlo en el sospechoso ideal, dejándole a Billiken cerca. Luego intentaron eliminarlo. Ahora es a Vicky, su novia, a la que quieren matar con cianuro. ¿Por qué? ¿Por qué mostró usted tanto interés en conocer el estado de Douglas? ¿Por qué vino a verme con un tonto pretexto? ¿Por qué estaba al acecho de Vicky cuando salió de mi oficina? Usted conocía, por lo visto, et pasado de Douglas. Usted es propietario de «Dixie», donde se alojó la Thornton. ¿Va a acompañarnos de buen grado, Meredith, o prefiere que lo llevemos esposado?

El *sheriff* no había alzado la voz. Pero no lo precisaba. Meredith estaba acogotado. El sudor perlaba su frente. Todos los presentes le miraban de modo acusador. Respiró hondo y salióle una ronca aceptación.

—Iré con ustedes. Pero necesito la presencia de mi abogado…

—Por esto no se preocupe. Lo llamaremos desde mi oficina.

Salieron en compacto grupo, seguidos por las miradas y los comentarios de los que se quedaban.

Roy estaba contando los minutos en su forzado encierro. Tenía los nervios de punta y no podía dominarlos. Verse obligado a la inacción mientras Vicky estaba tal vez arriesgando su vida por ayudarle era más de lo que podía aguantar. Pero, por otra parte, temía que una iniciativa suya llevase como consecuencia complicar la situación. Y así, aguardaba.

Cuando la señora Demmert, avisada por su marido, abandonó la casa a toda prisa para encaminarse al hospital, él nada supo. Y llevaba ya muchas horas encerrado cuando sonaron pasos pesados en el pasillo, seguidos por una llamada a la puerta y la voz de Demmert.

—Soy yo, Roy.

Un momento después, los dos hombres estaban juntos y Roy era puesto al corriente de los acontecimientos.

—Afortunadamente, Vicky no tiene gran cosa y hoy mismo podrá venir a casa. Pero fue puro milagro que hubiera un par de

personas cerca y acudieran a tiempo de sacarla de la cabina. Sin embargo, nadie ha podido dar el menor dato sobre la identidad del asesino. Sólo sabemos de él que llevaba una chaqueta clara de dibujo de espiga, y eso por Vicky, que le vio el brazo.

—Voy a salir a la calle, señor Demmert. No aguanto más ésta, inacción.

—Espera, que no te he dicho todo. Ya estás prácticamente exculpado. Y lo que ahora nos conviene, quiero decir al *sheriff* y a todos, es que salgas a la calle y te dejes ver. Eso va a desconcertar al asesino. Pero hay que actuar con habilidad. ¿Sabes por quién vino tu exmujer a Las Vegas?

—¿Por quién?

—Por Bruno Meredith.

—¿Me…? ¿Qué tiene él que ver con Sadie Thornton?

—Mucho, al parecer. Resulta que hace quince años ella era su amiga íntima y le sirvió de testigo favorable en un caso de asesinato de un policía. Clay lo descubrió esta mañana al recibir el historial de ella desde la Oficina Central de Washington. Sadie Thornton estivo siempre metida en líos. Poco después de lo tuyo la cazaron en un asunto turbio de trata de blancas y se pasó ocho años a la sombra. Al salir se casó con ese Billiken, otra pieza de cuidado. Meredith está ahora libre bajo fianza, pero ha tenido que desembuchar una gran cantidad de noticias. Afirma que la Thornton le llamó por teléfono para hacerle saber su presencia en Las Vegas y que ella y su marido trataban de sacarle dinero por medio de chantaje, amenazándolo con desdecirse de la declaración de ella hace quince años. Eso significaría para él cuanto menos una condena a veinte años. Jura y perjura que no tenía el propósito de matar a nadie, que incluso pensaba ceder y llegar a un acuerdo con su antigua amiga. Pero, dadas las circunstancias, no hay modo de creérselo. Sin embargo, es evidente que no ha sido el autor material de los dos asesinatos ni tampoco del intento contra Vicky y el otro contra ti. Es más, afirma que Sadie y su marido contaban con otro cómplice. Clay cree que está asustado y dice parte de la verdad. Más de diez años de vida sedentaria y honorable lo han ablandado. Teme por su dinero, por su posición social y tal vez por su vida, en mi opinión.

—Entonces…

—Entonces, muchacho, hay que buscar por la ciudad a un desconocido que tiene una chaqueta clara con dibujo de espiga. Es el único dato concreto que tenemos. Tal vez no haya creído necesario quitársela…

Roy echó a andar hacia la puerta. Tenía el gesto decidido.

—¿A dónde vas?

—A mi casa a cambiarme de ropa. Luego al hospital a ver a Vicky. Después a buscar a ese asesino misterioso.

—¿Y si él te halla antes?

—Tengo una pistola y sé utilizarla. Como no me acierte en el primer disparo, le aseguro que no escapará.

CAPÍTULO XIII

Cuando Roy salió de casa de los Demmert, una fría decisión llenaba su cerebro. Saber que Virginia había estado a dos dedos de ser asesinada era algo que le resultaba insoportable. Tenía que localizar al asesino, como fuera, y hacerle pagar…

No se dio cuenta de que un agente de policía, desde el extremo de la calle, le miraba, primero, y luego echaba a andar presuroso tras él. Iba absorto en sus pensamientos y mirando hacia adelante…

De pronto escuchó la voz seca y conminatoria a su espalda.

—No se mueva, Douglas. Levante esas manos.

Deteniéndose, obedeció y se volvió. Conocía al agente que ahora estaba apuntándole con su pistola de reglamento. Unos cuantos transeúntes, en ambas aceras, se habían detenido y miraban con curiosidad. Era aquélla una zona residencial de quintas rodeadas de jardín y bastante separadas unas de otras, con relativamente escaso tráfico por estar apartada del centro.

—Oiga, Rodgers. Soy inocente…

—Eso ya se lo dirá al juez. Aho…

Algo silbó a su derecha. Roy sintió el seco y doloroso golpe y se llevó instintivamente una mano al hombro izquierdo. Un segundo más tarde se dejaba caer a tierra mientras advertía al agente:

—¡Me han herido!

Por un instante, el agente pareció vacilar entre hacerle fuego o creerle. Una nueva bala que silbó mientras Roy se tiraba a tierra lo convenció de que éste decía verdad. Azorado, se movió buscando al tirador.

Desde el suelo, sintiendo correrle la sangre entre los dedos, Roy gruñó:

—Tira con un rifle de aire comprimido o con silenciador. ¡Pida ayuda!

El aturdido agente así lo hizo, buscando su silbato y

comenzando a dar pitidos. Las gentes estaban alejándose unas, y otras acercándose. Demmert salió corriendo de su casa…

Roy se incorporó penosamente, con una mueca de dolor en el rostro. Enseñó su mano ensangrentada al agente.

—¿Se convence de mi inocencia ahora?

Las gentes estaban llegando. Sonó una sirena al fondo de la calle. Demmert llegó también y lo interpeló, preocupado:

—¿Qué pasó, Roy?

—Me dispararon con silenciador, dándome en el hombro. Alguien estaba acechando su casa.

Entre Demmert y el policía lo llevaron de regreso a la casa del primero. Luego llegaron más agentes y también un médico.

La bala le había pegado a Roy en la parte alta del pecho, justo debajo de la articulación del hombro izquierdo, rompiendo el omoplato y saliendo por la espalda. Una herida bastante sería, escandalosa.

El *sheriff* llegó a los diez minutos. Y traía la expresión sombría.

—No cabe duda de que el asesino ha perdido la serenidad —dijo, tras enterarse de lo ocurrido—. Y tampoco de que está muy al corriente de nuestros movimientos. Sin embargo, no termino de comprender por qué razones quiere mataros a ti y a Vicky. A no ser que tenga la seguridad de que los dos le conocéis.

—¿No puede haber sido Meredith?

—Imposible. No se arriesgaría tanto sabiéndose como se sabe sospechoso y vigilado. He enviado hombres a averiguar desde dónde te dispararon y a buscar el proyectil…

En aquel momento llegó un agente trayéndolo. El *sheriff* lo sopesó en la palma de la mano, con el ceño fruncido.

—Lo han disparado con uno de esos rifles de caza mayor que usan telémetro. ¿En qué lugar exacto lo has encontrado, Robles?

—A unos seis metros del punto donde estaba Douglas, dentro del jardín de los Robertson.

—Seis metros… Entonces le dispararon desde el otro lado de la calle. ¿Qué posición tenía, Douglas, cuando lo hirieron?

—Exactamente estaba casi vuelto al agente Rodgers.

—Me tiré al suelo cuando dispararon por segunda vez. La segunda bala fue encontrada a corta distancia de la otra. Y los policías tardaron en localizar el lugar desde donde hizo fuego el

asesino menos tiempo del empleado por el médico en vendar la herida a Roy.

—Disparó desde la terraza del domicilio de los Penton. Precisamente esa familia hace tres días que no está en casa, pues ha ido a pasar unas vacaciones a California. Ha entrado y salido por la parte de atrás…

Media hora más tarde, hubo una reunión en el Ayuntamiento de la ciudad. Asistieron a ella las autoridades y representantes de los principales casinos. También estaban allí Roy Douglas y Virginia Demmert, ambos muy pálidos, él con el brazo izquierdo en cabestrillo. A Virginia la habían traído escondida dentro de una ambulancia.

El *sheriff* tomó la palabra.

—Señores, les he convocado porque nos enfrentamos con una grave situación. Ayer fueron asesinadas dos personas, dos forasteros, un hombre y una mujer con largos antecedentes policiales. Anoche, el señor Douglas, aquí presente, escapó de milagro a la muerte cuando estaba actuando de cebo de acuerdo conmigo. Y no hace mucho más de una hora ha escapado por segunda vez, aunque herido seriamente, como pueden ver. Poco antes, a su novia, la señorita Virginia Demmert, también presente, le arrojaron una ampolla de ácido cianhídrico concentrado al interior de la cabina telefónica en que estaba y salvó la vida por milagro. Tengo una declaración firmada del señor Bruno Meredith, bien conocido de todos, en la que admite conocer de antiguo a la mujer asesinada y estar en la actualidad bajo una presión de chantaje. Pero Meredith no puede ser el asesino, porque hay pruebas sobradas de que siempre estuvo lejos y en sitios públicos. Él afirma que el matrimonio asesinado tenía un cómplice. Todo induce a creer que es así. A mi juicio se trata de un loco homicida, un desalmado, pero también hombre muy conocedor de la ciudad, rápido en concebir y ejecutar planes así como en esfumarse sin dejar rastro. Hasta el momento presente no tenemos ningún indicio que nos permita localizarlo. Hay, pues, suelto un perro rabioso por Las Vegas. Y no podemos decirlo, porque se produciría el pánico entre los visitantes. Solicito la colaboración de todos ustedes para dar caza a ese criminal lo más pronto posible.

Le habían escuchado con suma atención. Y todos se ofrecieron

incondicionalmente, aunque no tenían idea de cómo podrían ayudar.

—Yo sé lo diré. Prescindan de tantos guardianes en los casinos como sea posible y mándenmelos. Llenaremos la ciudad de vigilantes, inspeccionaremos cada rincón, cada tipo sospechoso…

Se detuvo, porque acababa de abrirse la puerta dando paso a un agente, que anunció:

—Hay fuera un empleado del «Seven Palms» que tiene algo importante para el señor Demmert. Insistió en que se le dijera.

Demmert se levantó.

—Ése debe ser Fel Martin. Fue detective en Los Ángeles. Le encargué esta mañana que hiciera pesquisas sobre el asunto por mi cuenta.

—Que pase.

Entró Fel. Saludó a los presentes y luego esperó a ser preguntado.

—¿Y bien, Fel? ¿Qué es esa noticia?

—Usted juzgará, señor Demmert. Estuve husmeando por unos cuantos sitios y también moví a unos amigos. Sólo he descubierto algo que puede ser interesante.

—¿Qué cosa?

—Los Billiken estuvieron en casa de Gibbs anteayer, nada más llegar a la ciudad.

—Eso ya lo sabemos.

—Sí. Billiken volvió allí dos veces. Y ellos tres estuvieron cenando juntos en el restaurante «Commodore» aquella noche.

—También lo sabemos —gruñó el *sheriff*—. Gibbs me ha contado en persona ayer todo eso. Ellos buscaban una casa que les conviniera, le dijeron.

—¿Le dijo que estuvo en el «Dixie» anoche alrededor de las ocho?

Hubo un revuelo de interés. El *sheriff* denegó, seca, tenso.

—¿Estuvo?

—Tres personas le vieron entrar. El portero, un botones y el ascensorista. Subió al piso tercero. Los tres se lo confirmarán. Le conocen bien porque a menudo ha llevado a una amiguita al hotel. Ya saben lo que quiero decir.

—Eso significa que pudo ir a reunirse con la tal amiguita…

—Sí. Pero nadie lo vio bajar. Hay una escalera de servicio que da al callejón. A esa hora de las ocho no suele andar nadie por ella. Sólo un cliente asiduo lo puede saber.

—Eso no significa nada, Martin.

—Esperen. Gibbs estaba anoche en el «Seven Palms». Le vi yo mismo. Estuvo tomando unas copas en el bar. Serían las doce y media.

—¡A esa hora estuvimos nosotros allí! —dijo Virginia, excitada.

—Sí. Seltzer, el portero, me ha confirmado que vio salir a Gibbs diez minutos antes que a ustedes tres. Le conoce como todos nosotros, porque es un asiduo a las mesas de juego y a las tragaperras.

—Hasta ahora no hay nada grave…

—Billiken estuvo anoche en casa de Gibbs, a las nueve en punto. Joe Fernández, que tiene un puesto de periódicos enfrente, vendió un ejemplar del «New York Herald» a un tipo calcado a sus señas, que luego cruzó la calle y llamó a la casa de Gibbs, entrando. Recuerda también haber visto salir al coche de Gibbs del garaje como media hora más tarde. Es hombre que siempre está fisgando. No había dicho nada porque la Prensa no ha publicado fotos.

Hubo un breve silencio. El alcalde resumió lo que pensaban todos.

—Eso ya es algo más grave, Clay. ¿No le parece?

—Sí. Pero no veo aún claros los motivos de Gibbs para hacer eso. Tiene una posición desahogada…

—Yo podría hablarle algo sobre eso, Clay —dijo Demmert—. Gibbs pierde grandes cantidades de dinero en el «Seven Palms».

—También en nuestro casino —afirmó otro. Y aún hubo dos más que afirmaron lo mismo. Pero fue Fel Martin quien remachó el clavo.

—Como el señor Demmert y el *sheriff* saben, he sido detective durante doce años. Tengo mucha memoria para las caras y además estuve cinco años en el fichero de la central de Los Ángeles. Pues bien, puedo afirmar que Gibbs no se llama así. Su verdadero nombre es Gibson. Arthur Peter Gibson. Hace veinte años dirigía una pequeña agencia detectivesca en Los Ángeles y se le retiró la licencia por una serie de irregularidades que culminaron con un presunto intento de chantaje. Más tarde sufrió una condena de tres

años por el mismo delito. Luego fue alistado, al salir de la cárcel. Cuando vino a vivir aquí, como corredor de fincas bajo nombre supuesto, yo ya no era policía y no vi motivo ninguno para meterme con él, puesto que cualquier hombre, en mi opinión, tiene perfecto derecho a rehacer su vida, y él parecía estar siguiendo un camino honrado.

El *sheriff* le estaba escuchando con gesto especulativo. Luego habló pausadamente:

—Siendo así, Martin, habrá que tomar en cuenta su información. Con el permiso de ustedes, señores, voy a dar las órdenes pertinentes para que localicen a Gibbs y lo lleven a mi oficina. Convendría que ustedes, Demmert, se encaminen a su casa y permanezcan allí por el momento. Si Gibbs es nuestro hombre y anda por la ciudad, podría aún causarles un disgusto antes de que consigamos atraparlo.



CAPÍTULO XIV

Los Demmert y Roy marcharon a casa de los primeros en el automóvil del matrimonio. Demmert conducía y los novios iban detrás, silenciosos.

Virginia inquirió, a media voz, mirando a Roy:

—¿Te duele mucho?

—Bastante. Pero puedo aguantarlo.

—En cuanto lleguemos te metes en la cama.

—Es igual.

—No lo es. Seguramente te vendrá fiebre.

—¿Y tú, cómo te sientes?

—Todos los efectos se me han pasado. Noto un poco de malestar general y nada más.

Volvieron a callar. Ambos parecían tener mucho que pensar y que decirse. Delante, Demmert hizo un comentario con acento calmoso:

—Siempre tuve a Gibbs por una persona decente. Pensar que es un granuja y un asesino me resulta verdaderamente extraordinario. Confieso que había pensado en Meredith…

Los novios cambiaron una mirada. Roy contestó:

—Gibbs pudo muy bien hacerlo todo. Es hombre fornido, le he visto jugar al golf.

—Sí, claro… En fin, esperemos que lo atrapen cuanto antes y podamos respirar tranquilos. Ya ha habido demasiadas muertes.

Volvieron a mirarse los novios…

La señora Demmert había regresado a su casa y algunos convecinos curiosos estaban asomados a las ventanas o formando corrillo donde cayó Roy. Al verles apearse, se los quedaron mirando, pero los tres no se entretuvieron, entrando en el jardín y yendo presurosos hacia la puerta, que abrió Demmert, haciéndose a un lado para dejar paso a los jóvenes.

—Ahora debes irte a la cama, muchacho. Que Vicky te acompañe. ¿Está ya preparada, Louise?

Su mujer aún se encontraba bajo los efectos de la impresión sufrida. Miró a Roy con menos frialdad, a su hija con cariñosa ansiedad, y asintió:

—Le dije a Ramona que lo hiciera. Tú, Vicky, también deberías acostarte…

—Yo ya no tengo nada, mamá. Vamos, Roy. Te indicaré tu habitación.

Subieron, despacio. Al quedar solo el matrimonio, la mujer habló a media voz, con tono preocupado.

—Tú lo estás tomando con mucha tranquilidad, Harry. Pero a mí no me parece nada correcto…

—¿El que Vicky acompañe a su novio arriba? Louise, él lleva un buen balazo y no creo que tenga muchas ganas de hacerle el amor. Por otra parte, se van a casar muy pronto. Y Vicky no consentiría en dejar a Roy en su casa o en el hospital en estas circunstancias.

—Hum… Todo es tan terrible, enrevesado y oscuro. Nunca creí que Vicky sintiera otra cosa que afecto filial hacia Roy Douglas ni tampoco que él la mirase sino como a una amiga. Y de repente…

—Sí. También a mí me tomaron por sorpresa. Son un par de introvertidos y saben guardar sus pensamientos.

—Hubiera preferido otra clase de marido para Vicky, Harry. Un hombre con un pasado limpio y honorable. Claro que Roy es un buen muchacho, pero… Ya ves lo que está ocurriendo. De todos modos, será un gran escándalo.

—No demasiado grande. A la postre, Roy fue a la cárcel por haberle pegado dos tiros a su mujer al encontrársela con otro, y tuvo muchas eximentes. El muchacho vale y ha llevado una existencia honrada desde que salió de allí. Una vez demostrada su inocencia en todo este embrollo, nadie le va a cerrar las puertas en esta ciudad.

—Si consigue demostrarla… ¿Aún no tiene ninguna pista la policía?

—Parece ser que una muy buena. Alguien ha podido demostrar que Gibbs, el corredor de fincas, estaba en conexión con esos Billiken y merodeó por el «Dixie» a la hora del crimen, así como que fue el último que vio vivo a Billiken.

—¿Gibbs? ¡Dios Santo! Pero sí… ¡Si no es posible!

—Por lo visto, todo es posible, Louise. Hasta que Gibbs se haya convertido en un perro rabioso.

—Pero si es tu amigo, si ha estado en casa tantas veces…

—Ahí verás. Nunca se sabe lo que puede ser una persona, por mucho que se lleve conviviendo con ella.

Su mujer se le quedó mirando fijamente…

Arriba, en el piso alto, los novios estaban en la habitación de huéspedes, que la sirvienta acababa de dejar.

—Te ayudaré a quitarte la chaqueta.

—Bien…

Virginia se la quitó y la dejó sobre una silla. Luego, los dos se miraron. Había en los ojos de ambos algo así como una tensa aprensión.

—No puede ser, Roy. Es absurdo, imposible, para volverse loca…

Él la sujetó fuerte con su mano sana por un brazo.

—Domínate, Vicky. Desde luego que no puede ser.

—¿Verdad que no? Tú no lo Crees… Dime que no lo crees…

—No, Vicky. No puedo creerlo. Se trata, sin duda, de una serie de coincidencias tan engañosas como las que en un principio me acusaban.

—Dios mío. Tiene que ser eso, ha de ser así…

—Lo será. Atraparán a Gibbs y le harán confesar. Con eso terminará esta pesadilla.

—Pero ¿y si dice…?

—Nada. No dirá nada que se parezca a eso. Desecha tus temores, Vicky, tranquiliza los nervios. Repito que sólo se trata de coincidencias engañosas. Ven, sentémonos y hablemos de nosotros, de nuestro porvenir.

La muchacha hizo un evidente esfuerzo. Asintió:

—Tienes razón, Roy. Pero tú debes acostarte. A ver déjame… Estás transpirando, debes tener fiebre.

—Nada serio. Estaré bien sentado.

—Mejor es que te acuestes. Anda, hazlo mientras yo voy a cambiarme. Luego vendré a hacerte compañía.

—Está bien.

La joven le miró con angustia. Luego le cogió la cara con las

manos y le besó apasionadamente. Roy la sujetó fuerte con su brazo sano, correspondiendo a la caricia.

Cuando ella hubo salido, se acercó a donde estaba su chaqueta, metió mano en un bolsillo y extrajo la pistola. Tenía el ceño fruncido por una intensa concentración de pensamientos.

Dejó el arma sobre la cama y se soltó el cinturón, dejando resbalar los pantalones. Sentándose, despojóse de ellos y de los zapatos, abrió el embozo, se metió en la cama, tomó la pistola y la metió bajo las ropas, junto a su mano derecha. Luego se acomodó los almohadones y se tendió, con un profundo suspiro, mientras murmuraba:

—Parece una locura, pero…

Virginia fue a su alcoba y comenzó a desvestirse. Ya no sentía apenas los efectos secundarios del conato de envenenamiento. Lo que sentía era otra cosa mucho peor.

Se miró al espejo de la coqueta y el espejo le devolvió el brillo aprensivo de sus ojos.

—Es imposible, de todo punto imposible. Y, sin embargo… ¡Dios mío, que Roy esté en lo cierto y se trate sólo de coincidencias…!

Estaba terminando de vestirse cuando entró su madre, cerrando la puerta tras de sí. Las dos se miraron.

—Está abajo, bebiéndose un *whisky*. ¿Cómo te encuentras, Vicky?

—Bien, mamá. Ya te lo he dicho.

—¿Tú crees… crees posible que tu padre…?

—Por favor, mamá, no lo digas. No puede ser.

—Estoy muy preocupada, Vicky. Ese Gibbs sospechoso de los asesinatos…

—Papá no puede tener nada que ver con Gibbs. Nada.

—¿Y si tuviera? Tu padre tuvo una juventud borrascosa. Y Gibbs ha venido a menudo a casa, se han encerrado a tratar asuntos en el despacho…

—Papá tenía negocios de fincas con él, bien lo sabes.

—De fincas, o de otra clase. Estoy terriblemente asustada, Vicky, no lo puedo evitar.

—Tienes que dominarte, mamá. Todos tenemos que dominarnos y no demostrarle nuestros pensamientos. Ya sabes lo suspicaz que es. Y piensa en lo bueno que ha sido siempre con nosotras y con

Joe, con Roy… ¿Cómo vamos a compararlo con Meredith?

—También Meredith llevaba una vida normal y honorable…

Sí, también Meredith la llevaba. Y había resultado ser un probable asesino, un hombre temeroso del pasado, fácil presa de chantajistas. Gibbs, el frío, calmoso, elegante y atlético cuarentón que se dedicaba desde hacía diez años a la compraventa de fincas en la ciudad y había hecho una bonita fortuna, era al parecer, mucho más amigo de su padre que de Meredith. Gibbs podía ser el cerebro de un grupo de chantajistas que extorsionaba a hombres o mujeres temerosos de que se removiera su pasado. Y su padre podía ser uno de aquellos hombres. Eso justificaría los intentos de envenenamiento de ella y de asesinar a Roy. Quizá Gibbs temiera que Roy hubiese sido puesto en antecedentes de algo por su exmujer. Y al atacarla a ella buscaba acertar dos objetivos. Eliminarla, por si sabía también algo, y advertir a su padre de la conveniencia de callar…

Ella quería mucho a su padre. Siempre había sido bueno, generoso, comprensivo, aunque severo. Conocía por él mucho acerca de su borrascosa juventud. ¿Cuánto le había ocultado? ¿Cuántas cosas le ocultaba haciéndole creer que le contaba todo?

Ahora tenía miedo a que la policía apresara a Gibbs.

—Voy a reunirme con Roy, mamá —dijo con voz entera—. ¿Por qué no llamas al doctor Williams para que le haga una nueva cura? Eso te tranquilizará un poco los nervios. Y deja de pensar tonterías…

Su madre suspiró hondo. No era mujer de muchos alcances. De buena familia, se había casado enamorada y había sido feliz en su matrimonio. Ahora resultaba lógica su aprensión.

—Está bien, Vicky. Lo intentaré… ¿De veras estás muy enamorada de Roy?

—Mucho, mamá. Y él de mí.

—Ya… Es terrible, todo esto…

Salieron juntas de la alcoba y cada cual tiró por su lado. Virginia abrió la puerta de la habitación ocupada por su novio tras una discreta llamada, entró y cerró, acercándose al lecho.

—Ya estoy aquí. ¿Te encuentras cómodo?

—Sí.

—Déjame arreglarte mejor los almohadones. Dije a mamá que

llamara al doctor Williams para que te cambie los vendajes. Estás comenzando a empaparlos. Ha de dolerte mucho, ¿verdad?

—Un poco…

—Y tienes fiebre. ¿Quieres que te traiga agua, algo?

—Quiero que te quedes conmigo.

Con una sonrisa forzada, la muchacha se inclinó a besarle. Luego se acercó una butaca y se sentó, cogiéndole la mano derecha y acariciándosela.

Permanecieron así, en silencio, durante unos minutos. Luego oyeron pasos que se acercaban. Y Demmert entró en la habitación.

Una sería sonrisa apareció en su rostro severo al mirarlos. Luego avanzó.

—Si estorbo, decídmelo.

—Qué tontería…

—Gracias. Los enamorados siempre prefieren que no los interrumpan. Bien, muchachos, estuve pensando en vosotros abajo. Anoche recibí una buena sorpresa al descubrir que os queríais. Los dos sois maestros en esconder vuestras emociones, caramba… No, no digáis nada. Es todo perfectamente comprensible. Pero ahora hay que pensar en el futuro, en vuestro futuro. Uno no sabe nunca lo que va a pasarle, ya veis. Creo que deberíais casaros pronto, ¿eh?

Los novios cambiaron una mirada. Roy asintió, muy serio:

—Eso quiero yo.

—Bueno, pues no creo que vaya a haber dificultades de ninguna clase. En cuanto tengas esa herida cicatrizada, celebramos la ceremonia. Un buen matrimonio, con muchos invitados. Es preciso que todo el mundo en la ciudad os vea contentos y felices, sí señor…

Hizo una pausa y añadió, en el mismo tono:

—Mal asunto este de Gibbs, muchachos. Sospecho que va a verse complicada mucha gente. Nos engañó bien a todos, el granuja… Me pregunto cómo entraría en contacto con tu exmujer y si sabría algo de ti. Meredith debe estar que no le llega la camisa al cuello. Y algunos otros más en esta embustera y podrida ciudad, donde, por lo visto, hay más indeseables de lo que parecía. En fin, lo importante es que vosotros dos estáis a salvo. No creo que tarden en cogerle.

Hizo una nueva pausa, como concentrando pensamientos. Luego

ensanchó la sonrisa, alargó la diestra y acarició la cabeza de su hija con un gesto totalmente natural.

—Será mejor que te quedes con Roy, Vicky. Si necesitáis algo, tu madre y Ramona están abajo. ¡Ah! Clay ha puesto a un policía de guardia delante del jardín. Buen amigo…

—¿A dónde vas, papá?

—A mi despacho. Los negocios son los negocios y no se pueden desatender. Procuraré venir a cenar con vosotros. Hasta luego.

Dio un beso a su hija y sonrió a Roy. Luego abandonó la habitación.

Vicky dijo entonces, con un hilo de voz:

—Estoy asustada, Roy…

Apretándole la mano, procurando que no le adivinara los pensamientos, él la tranquilizó:

—No tienes por qué. Ya ves que está tranquilo y normal…

CAPÍTULO XV

El *sheriff* Clay llegó a la casa de los Demmert diez minutos después de la partida del dueño de la misma, venía más ceñudo que nunca, y tras enterarse de que su amigo no estaba allí, pidió ver a Roy y a Vicky.

Estaban en aquellos momentos en la habitación la madre de la joven y el médico llamado para curar al herido. Todos se quedaron mirando al recién llegado ion una mueca de curiosidad y tensión.

—¿Cómo va eso, Douglas?

—Bastante bien, *sheriff*. ¿Alguna novedad?

—Sí. Ya tenemos a Gibbs.

—Ah…

—¿Opuso resistencia?

—Ninguna. Estaba muerto.

Un penoso silencio se abatió sobre todos los presentes. Algo en el acento con que el *sheriff* había dado la noticia aumentó la tensión.

—¿Muerto? —repitió Roy, al fin.

El *sheriff* asintió.

—Envenenado. Con cianuro.

Hubo otra breve pausa, que rompió Virginia con un hilo de voz.

—Entonces…

—No cabe duda de que era el autor material del asesinato de Billiken y del intento contra ti. Encontramos huellas de sangre, muy escasas y limpiadas, en el asiento trasero de su coche, así como la pistola con que lo debió matar. También llevaba puesta la chaqueta clara con dibujo de espiga que tú viste. En cambio, no es tan seguro que fuera el tirador de rifle. Encontramos uno de caza, recién disparado, dentro del domicilio de los Penton. Penton es su dueño. El que trató de matarte, penetró por la puerta de servicio, forzándola con una herramienta apropiada, tomó el rifle, lo cargó y

subió a la terraza, acechándote. Luego salió por el mismo camino. Tampoco tenemos absoluta seguridad de que fuera el asesino de tu exmujer. Efectivamente, entró en el «Dixie» a la hora que dijo Martin. Pero fue al tercer piso y se reunió allí con una tal Louell Parker, con quién mantenía relaciones clandestinas. Ella nos lo ha confirmado. Se aloja en la habitación trescientos dieciocho y él fue a darle dinero. Estuvieron juntos hasta las ocho y media pasadas.

Vicky se había puesto pálida de nuevo. Su madre escuchaba conteniendo el aliento, Roy en absoluta tensión, el médico con mera curiosidad.

—¿Cree entonces, que aún queda otro cómplice suelto? —inquirió Virginia.

—Sí. Gibbs tomó una pastilla de cianuro en un vaso de *whisky*. Una dosis suficiente para matar en el acto a un elefante. Lo encontramos tendido en el piso de su despacho. Alguien estuvo bebiendo con él.

De nuevo subió la tensión.

—¿Quiere decir que no se suicidó?

—Probablemente lo «suicidaron». Bien, yo tengo que seguir con mis pesquisas y no me puedo demorar aquí. Ustedes harán bien en no salir de casa. Y en no encender la luz cuando anochezca. El tirador de rifle puede tomarlos de nuevo como blanco, aunque no me parece probable. De todos modos, conviene precaverse.

Cuando hubo salido, los que quedaron dentro, tres al menos, tenían, un nudo en la garganta. El médico hizo un comentario:

—Es extraordinario; Gibbs un asesino. Le conocía desde hace años y nunca me dio la impresión de que fuera otra cosa que un correcto y eficiente corredor de fincas…

Nadie le contestó. Vicky, su madre y Roy estaban pensando en lo mismo. El *sheriff* no había preguntado siquiera por su antiguo amigo…

El *sheriff* salió de allí y subió a su coche con la misma expresión reconcentrada. Luego ordenó al conductor:

—Al «Seven Palms».

Cuando llegaron allí, dio una seca orden a sus subordinados:

—Buscad a Fel Martin y sacadlo sin llamar demasiado la atención.

Los policías asintieron y entraron en el local. El *sheriff* encendió

un cigarro con pausados gestos, sin quitar ojo de la puerta.

Los agentes tardaron sólo cinco minutos. Fel Martin venía entre ellos, ligeramente pálido. Al llegar junto al coche interpeló a Clay con nerviosa sequedad:

—¿Qué significa esto, *sheriff*? Estoy de servicio…

—Ya lo sé. Subidlo. Tengo que hacerle unas cuantas preguntas, Martin.

—No puede detenerme. Esto es un abuso…

—¿Va a subir por las buenas o por las malas?

—Está bien… Pero le advierto que pierde su tiempo y que lo demandaré por esto. Conozco perfectamente sus atribuciones y sus límites, *sheriff*.

—Desde luego que las conozco, Martin. Muy bien… Arriba con él.

Martin entró en el coche y tras él uno de los policías. El otro subió al lado del chofer. Clay ordenó:

—A mi oficina.

Luego se volvió a Fel:

—Alargue esas manos, Martin. Ponle las esposas, Berensen.

En su diestra había aparecido una pistola con la que apuntaba al expolicía. El agente que iba junto al chofer se había vuelto, apuntando con otra a la cabeza al detenido.

Éste se mojó los labios. Sus ojos de hurón reflejaban tensión y temor.

—¿A qué viene esta exhibición de artillería? —Gruñó.

Y el *sheriff* se lo dijo:

—Queda detenido como presunto culpable del asesinato de Sadie Thornton, el asesinato de Arthur Peters Gibbson, alias Peter Gibbs y del asesinato frustrado contra la persona de Roy Douglas. Si tiene ganas de hablar, hágalo, pero le advierto, y bien lo sabe, que cuánto diga en adelante podrá ser tomado como prueba contra usted.

Fel Martin se demudó…

En el domicilio de los Demmert, la cura de la herida de Roy terminó sin novedad, el médico se marchó y la señora Demmert dejó solos a los novios, pretextando que tenía quehaceres abajo. De nuevo solos, Virginia no refrenó sus temores.

—Ahora ya no me caben dudas, Roy. Papá está metido en este

horrible asunto.

Sombrío, Roy asintió:

—Sí, Vicky. Tendremos que hacernos la idea.

—¡Dios mío, es horrible…! ¿Qué supones tú que va a pasar?

—Supongo que Clay le llamará y le hará contar todo lo que sepa del asunto. Es posible que logre mantenerlo al margen del escándalo.

—Yo no lo creo. El *sheriff* tendrá que presentar todas las pruebas al juez y papá se verá obligado a declarar en juicio. Saldrá a relucir lo que sea que hiciera y motivara ese chantaje, al que sin duda le han estado sometiendo Gibbs y sus compinches. Imagina que se trate de algo… Algo horrible…

—No debes pensar eso, Vicky. Tu padre puede haber cometido cualquier clase de delito excepto matar. Probablemente se trata de algo que haría en su juventud. Recuerdo que mi madre me contó que había sido, cuando joven, bastante turbulento. Precisamente por ser así mi madre no aceptó casarse con él, aunque se querían de veras.

—Es horrible, Roy, pensar que papá pueda ir a la cárcel…

—Seguro que no irá. Los delitos prescriben, ya lo sabes, salvo el asesinato. Lo que sí podemos temer es el escándalo. Pero entonces cabe el recurso de marcharnos lejos.

—¿No te importaría, Roy? ¿Te casarías conmigo aunque yo… aunque papá…?

Roy le tapó la boca con la mano sana.

—Calla. Estás desbarrando, Vicky. Aparte de que no creo a tu padre culpable de nada peor de lo que yo mismo hice hace años, y tú me has amado y aceptado con ese lastre, es contigo, y no con él, con quien he de casarme. Mi amor no ha de variar sino, en todo caso, para hacerme más fuerte y completo, porque podré dar de lado a mi amargura para ayudarte a superar la tuya.

—Roy…

La joven rompió finalmente a llorar. Y el herido la atrajo con el brazo sano contra su pecho, dejando que se desahogara. Mucho temía que su suegro hubiera de verse mezclado muy pronto en aquel sangriento «carrousel» de crímenes y enigmas que les había cogido esperadamente, lazándolos a un torbellino de tensión peligro mortal. Pero, fuese como fuese, nunca podría olvidar la protección

generosa, la confianza y el afecto que Harry Demmert le había prodigado, ni menos que era el padre de la mujer a quien amaba. Le dolía en el alma ver a Vicky abrumada por el dolor y la inquietud de aquella agobiante incertidumbre con respecto a su padre. Más aún, no poder hacer nada para aliviarla, fuera de demostrarle comprensión y amor…

Finalmente, la muchacha dejó de llorar y se enderezó, secándose las lágrimas entre hipidos. Luego miró a su novio.

—Ya estoy mejor. Y preparada para lo que sea…

—No será nada excesivamente grave, ya verás. No hubiera estado tu padre tan tranquilo.

Sabíase mintiendo para tranquilizarla. Vicky esbozó una sonrisa valiente. Creía conocer a su padre. Y aquella caricia a su cabeza le indicó que sí, que la cosa era grave, muy grave. Pero tenían que mantener la esperanza como la había mantenido con respecto a Roy.

—Dame un beso, Roy. Lo necesito mucho…

Se inclinó sobre él, procurando no tocarle la herida, y sus labios se juntaron apasionadamente…

EPÍLOGO

Un jugador debe saber perder con elegancia. Y yo he sido siempre un jugador nato. No me han atraído las pequeñas partidas. Juego fuerte y arriesgado, es y ha sido lo mío siempre…

Casi siempre he ganado. No puedo quejarme de la vida. Conseguí muchas cosas, entre ellas una buena esposa y un par de hijos magníficos. Conseguí demasiado, tal vez, para lo que realmente merecía. Pero ésos son los azares del juego.

Ahora la buena racha ha terminado. Acaban de avisarme que la policía se ha llevado a Fel Martin. Y eso significa que perdí la partida…

Aunque, bien mirado, jugué mis cartas con habilidad y rapidez. Pero cuando la suerte se pone de espaldas, ya se sabe. No vale nada, se pierde y en paz.

Todo comenzó hace treinta y cuatro años. Si Bárbara Hale hubiera aceptado casarse entonces conmigo, otra hubiera sido mi vida. Pero me rechazó…

Nunca he podido olvidarla ni olvidar su negativa. Odié con todas mis fuerzas a Phil Douglas, porque se la había llevado. Y esperé mi oportunidad. Años después conseguí convencer a sus amigos contrabandistas de que los traicionaba y así le prepararon aquel accidente que lo quitó de en medio. Pero Bárbara volvió a negarse a ser mi esposa y nada resolví. Me alejé de su lado y no volví a verla viva.

Luego supe lo de Roy. Ese muchacho… Hubiera debido ser mi hijo, pero era el hijo de Phil Douglas. Le quiero y le odio con igual intensidad. Por eso le eché una mano cuando apareció por Las Vegas. Tiene toda la cara de su padre, pero los ojos y la boca son los de Bárbara. Le he tratado como a un hijo, intentando borrar lo que tiene de Douglas. Pero no logré gran cosa. Y le odié por su falta de ductilidad.

Luego está Vicky. Adoro a mi hija. Y le tengo un gran respeto. Ella es toda una dama. Permanecí tranquilo mientras creí que nunca llegarían ella y Roy a enamorarse. Los creía incapacitados para eso por la misma convivencia casi fraternal, por su forma de ser y pensar. Dos polos de electricidad negativa… Y, en cambio, me regodeaba con la idea de llegar a casarlos. Son cosas difíciles de explicar y no tengo ganas de explicarlas. A veces pienso si no estaré un poco loco…

Todo iba tan bien, que me confié. Gibbs, Fel Martin y yo formábamos el equipo perfecto. Ellos sabían quién era el jefe y yo que podía tenerles plena confianza. Hemos ganado mucho dinero juntos. Millones. Hay tanta gente con cosas que ocultar, que resulta ridículamente fácil estrujarlos. Y siempre lo hice de un modo razonable. Muchos arroyos ensanchan el río…

Pero esta vez todo vino esquinado. Esa maldita mujer Thornton, por ejemplo. Yo no recordaba su nombre. Roy me lo dijo una vez, hace más de cinco años, y no volvió a mentarla. Cuando Gibbs me habló del asunto, diciéndome que había logrado localizarla, me la nombró como Billiken. De modo que no me enteré de nada hasta que el propio Roy me contó que la había visto. Tuve que mover rápido mi juego. Mandé a Gibbs que la localizara y hablé con ella y su marido. Pero la muy estúpida estaba llena de odio hacia Roy y se negó a dejarlo en paz. Me di cuenta de que era una víbora, más peligrosa que útil. Y entonces ordené a Fel que terminara con ella sin escándalo. Fueron él y Gibbs, la golpearon, la estrangularon y removieron todo el cuarto para dar la impresión de que habían estado buscando algo. Luego, Gibbs bajó a ver a su amiga y Fel salió del «Dixie» sin dificultades por la escalera de servicio, a aquella hora solitaria.

Mi plan era desorientar a la policía, hacer que detuvieran a Roy y presionar fuerte a Meredith acusándole de haber asesinado a su antigua amiga y cómplice. Meredith pagaría dos millones si no quería verse con la soga al cuello. Es un cobarde, en el fondo, y la vida muelle lo ha ablandado mucho. Desde luego, no sospechaba de mí. Era Gibbs quién trataba con él, como con todas nuestras víctimas.

Las cosas siguieron torciéndose cuando Vicky me confesó que estaba enamorada de Roy y que él le correspondía. Además, hubo

que matar a Billiken, que encontró a su mujer estrangulada y acudió a casa de Gibbs a dar el aviso y pedir explicaciones. Ordené a Gibbs que lo llevara a la parte de atrás del garaje de casa de Roy. Roy no podía quitarme a mi hija como su padre me quitó a su madre…

Pero no conté con la perspicacia de George Clay. Confieso que menosprecié su inteligencia y su habilidad profesional. En un principio creí poder manejarlo a mi gusto y encaminarlo adonde me convenía. Pero pronto advertí que tenía opiniones propias sobre el asunto. Era demasiado peligroso. Y así, ordené a Gibbs que quitara de en medio a Roy en cuanto supe el propósito de Clay de fingir aquella fuga. Lo que no supe fue que Vicky también subió al coche. Por fortuna, Roy la hizo bajar. Aún no comprendo cómo no se estrelló en el barranco. Tiene mucha suerte ese muchacho…

Y así se fueron enredando las cosas. Me vi atrapado en mi propia red. Por eso ordené a Gibbs que le echara a Vicky aquella ampolla en la cabina. No podía matarla. Yo soy químico y sé preparar esas cosas. Sólo la dormiría, pero la cosa tendría todos los caracteres de un atentado homicida y desviaría de mí las posibles sospechas, pues todo el mundo sabe cómo quiero a mi hija.

Pero Roy tenía que morir. Y esta vez se encargó Fel de liquidarlo. Yo sabía la ausencia de los Penton y que él poseía una excelente colección de armas de caza. A Fel le fue muy fácil entrar, tomar el rifle y apostarse. Pero falló por poco, aunque es un buen tirador, y me convencí definitivamente de que estaba jugando una partida perdida de antemano. Vicky y Roy se casarían…

Tuve que ordenarle a Fel que matara a Gibbs. El cerco se estrechaba demasiado y necesitábamos cerrar la serie, dejando a la policía convencida de haber encontrado al asesino. Fel fue a verle con el pretexto de llevarle nuevas órdenes mías. Lo encontró receloso y asustado, pero consiguió echarle el cianuro en su vaso de *whisky* sin que lo advirtiera. Luego recogió todo lo que podía comprometemos y me lo trajo. Sin embargo, algo debió olvidar cuando Clay ha venido por él…

Y eso es todo. He jugado y he perdido. Lo siento por Vicky y también por Louise; ha sido una buena esposa, aunque nunca la quise. Casi me alegro de no haber podido matar a Roy. Gran muchacho, tiene mucho de su madre…

Mi testamento ya está hecho. Se lo dejo todo a Vicky, salvo una

razonable cantidad a Louise. Se van a sorprender cuando descubran lo ricas que son. Cuatro millones, en vez del poco más de medio que imaginan. Todo sólidamente colocado, pagando sus impuestos, legal. Muchos de los que contribuyeron a formar esa suma han muerto, los demás… bien están sin su dinero. Y nadie conocerá sus nombres, porque acabo de quemar y deshacer todos los documentos que podrían comprometerme. Fel es un muchacho leal. Me debe la vida y no es cobarde. Si se ve perdido se tomará su pastilla. No hablará.

Así quedará terminada la partida. Una absurda y estúpida partida que me replanteó la Suerte tomándome por sorpresa y ganándome la mano. Esperaba sacarle dos millones a ese granuja de Meredith y me quedó sin nada. Sin embargo, no lo siento mucho. Los muchachos se casarán y serán felices. Ellos y todos creerán que fui también una víctima de Gibbs y Fel. O preferirán creerlo. Tendrán dinero sobrado para irse a vivir donde les plazca y estoy seguro de que llevarán una existencia honrada, como la que tal vez yo habría llevado con Bárbara.

—¿Cómo? ¿El *sheriff* quiere verme? Dígale que dentro de dos minutos, que estoy tratando un asunto importante con una visita…

Con una visita que no admite demoras. Bien, he jugado y he perdido. Sospecho que estoy un poco loco. Tal vez lo estuve siempre. Loco… Es una fea palabra. Asesino también. Yo soy un jugador que juega siempre fuerte.

Buen coñac. Francés, añejo. Me gusta. La cajita, la pastilla… No voy a sentir gran cosa, como no lo sintió Gibbs. Buen muchacho, Gibbs. Y Fel… Lástima, formábamos un equipo perfecto.

Los chicos serán felices. ¿Qué pensarán de mí? Vicky llorará mucho. ¡Qué muchacha…! Estoy orgulloso de ella. Y de Roy. Ya no le odio. ¿Para qué? Bárbara se sentirá satisfecha, creo…

Humm… Ya está. ¿Sally? Ya puede pasar el *sheriff*. La visita se… se marcha conmigo…

FIN

¿Quién es bob morane?



FICHA
Nombre y apellidos: BOB MORANE
Edad: Menos de 30 años.
Profesiones: Ingeniero, Aviador, **Periodista,** Detective (aficionado), Agente Secreto (cuando se lo piden)
Deportes que practica: Judo (cinturón **negro**), Boxeo, Equitación, Pesca Submarina, **Aviación,** Paracaidismo
Estatura: Alto
Complexión: Atlética.
Cabello: Rubio, muy corto.
Ojos: Azules acero.
Situación militar: Comandante de la R. A. F. durante la guerra.

Una colección de libros
de aventuras que
leerá muchas veces.





COLECCION
marabú

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortes, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18, número 8-64 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 13 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUNCION.

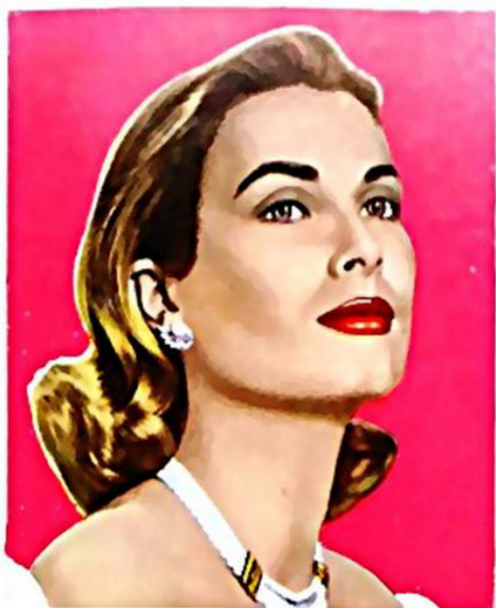
PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 2.ª Avda. Sur, 520 Edificio Modelo. Apartamientos 204-205 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.



N.º 1446

Grace Kelly

Esta distinguida actriz, el 19 de abril de 1956, se convirtió en Gracia Patricia de Mónaco, al casarse con el príncipe Raniero, del mismo condado. Sus últimas películas fueron "El cisne" y "Alta sociedad".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 — BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain